

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE LICENCIATURA (TERCER NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **JOSÉ DAVID ZAMBRANO GALLEGOS** con Cédula de Identidad No. **171642639-8**, autor del trabajo de graduación intitulado: **"LA IGLESIA ACOMPAÑANTE EN LAS TRISTEZAS Y ANGUSTIAS, EN LOS GOZOS Y ESPERANZAS DEL HOMBRE"**, previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN TEOLOGÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 21 de marzo de 2016



José David Zambrano Gallegos

C.I. 171642639-8

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE CIENCIAS FILOSÓFICO TEOLÓGICAS

ESCUELA DE TEOLOGÍA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE

LICENCIADO EN TEOLOGÍA

“LA IGLESIA ACOMPAÑANTE EN LAS TRISTEZAS Y ANGUSTIAS,
EN LOS GOZOS Y ESPERANZAS DEL HOMBRE”

Por:

José David Zambrano Gallegos

DIRECTOR: Mgt. David de la Torre S.S.C.C.

QUITO, 2015

ABSTRACT

El hombre se enfrenta a una búsqueda del sentido de su existencia, quiere encontrarse, pero el mundo no le favorece en su búsqueda. Teorías antiguas y modernas ponen al hombre en una situación tensionante –con respecto a su obrar, bien o mal–, entre los extremos del disfrute excesivo de todos los placeres al indiferentismo de los mismo, obviamente el más grave de ellos –de estas teorías– es el relativismo, ampliamente denunciando por la Iglesia en estos últimos tiempos. El relativismo hiere y menoscaba la integridad del hombre, lo hace egocentrista, egoísta e indiferente hacia los demás hombres, ya que solo se preocupa por sus propias necesidades, tratando de satisfacerlas así tenga que destruir a sus congéneres. La fe nos dice que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, por tanto es capaz de obrar en bondad; ésta fe propone un hito fundamental para el actuar humano, el amor. Bajo el cual se desarrollará la verdadera civilización que vive en un mundo justo, en paz, digno para la vida del hombre.

ABSTRACT

The man make a search for meaning in their existence, he wants to know, but the world does not help him. Ancient and modern theories place the humankind in a stressful situation -about his actions, good or evil-, between the excessive enjoyment of all pleasures or the indifference, obviously the most serious of these theories is relativism, that is denounced by the Church in the current times. Relativism hurts the integrity of the human being, makes him egocentric, selfish and indifferent to other kind, and only cares about his own needs and try to satisfy it destroying their fellows. Faith teach us that man was created in the image and likeness of God, therefore is able to actin goodness; This faith proposes a fundamental milestone for the human acts, which is love. And whit love, he makes his civilization living in a just, peaceful, dignified place for the human life.

INDICE

ABSTRACT	II
ABSTRACT	III
INDICE.....	1
INTRODUCCIÓN	2
1. La determinación de lo que es bueno.	5
1.1 Conociendo al hombre.....	7
1.2 Descubriendo los principios de la ética.	10
1.3 Entre extremos, epicureísmo, estoicismo y relativismo.....	15
1.4 El cristianismo en busca del justo medio.....	18
2 Justificación de la postura cristiana.	21
2.1 El hombre capaz de hacer cosas buenas.	22
2.2 El dolor, el sufrimiento y la muerte como fronteras límite del sentido de la vida.....	26
2.3 Diversas circunstancias pero un solo valor: el amor.	31
2.3.1 <i>Amor del hombre con Dios.....</i>	33
2.3.2 <i>Amor a los demás hombres.....</i>	34
2.3.3 <i>Amor a uno mismo.....</i>	34
3 Acción Moral	37
3.1 Madre y maestra.	39
3.2 Sujetos de acción (el laico, el religioso, sacerdotes, todos) en busca del bien común.....	42
3.3 Civilización del amor, ciudadano del amor.....	47
CONCLUSIONES	52
BIBLIOGRAFÍA	55

INTRODUCCIÓN

Más que hablar de un relativismo científico (cosa que en este trabajo no se piensa abordar) estaremos haciendo referencia al aspecto ético y moral. He partido comparando a la religión, en específico me referiré al cristianismo, con una piedra que usan los joyeros para determinar el valor del metal precioso, es decir, se llama piedra de toque a la piedra que sirve para conocer el valor de una alhaja.¹

Dios nunca se ha despreocupado de la creación y viendo que el hombre estaba perdiendo su horizonte actúa, como dice el Apóstol “llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio hijo, nacido de mujer...” (Gal 4,4-5), con este hecho admirable Dios irrumpe en la vida monótona del hombre, irrumpe en la historia del hombre, entablando una relación más estrecha y directa, pues Dios se hizo carne y habitó entre nosotros (cfr. Jn 1, 14), se convirtió en el centro de la historia, porque Él es “El Alfa y la Omega, el primero y el último, el Principio y el Fin.” (Ap 22,13).

Cristo trae un mensaje para iluminar a la humanidad, en su persona lleva a cabo todo el plan salvífico, del costado abierto (dice la tradición) nace la Iglesia y los sacramentos para la vida cristiana.

De esta manera la Iglesia se ha convertido en la depositaria de esa verdad, pues como el Señor lo dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6), de esta manera el Verbo Encarnado nos muestra el camino que debe seguir el hombre. Cristo muestra el verdadero Hombre al hombre (*Gaudium et Spes*, n.22); por lo que estamos hablando de un camino que lleva a este a su perfección y este mensaje que trae se puede aplicar a toda la historia del hombre.

El hombre a lo largo de la historia se ha preocupado por sí mismo, cosa que no es mala, ahora bien el exceso de este comportamiento provoca que el hombre desarrolle un comportamiento egoísta y superficial cayendo en el hedonismo, donde busca su propia satisfacción y su propio bienestar. Esta banalidad hace que las realidades del mundo se miren de una manera superficial sin profundizar o trascender en ellas.

¹ La piedra de toque es una piedra de color oscuro, compuestas por una mezcla de cuarzo amorfo con alúmina, cal, óxido de hierro, carbón y otras sustancias de grano fino y que no puede ser atacada por los ácidos. Cuando se quiere ensayar una alhaja de oro, se frota ligeramente en esta piedra hasta que haya producido una huella y después se vierte una gota de ácido nítrico. Si la alhaja es de oro puro, la huella no sufre alteración de ninguna especie pero si no es puro, el color de la huella indica la proporción en que está aleado.

El problema que la sociedad actual enfrenta y como lo denuncia S.S Benedicto XVI es el relativismo, fruto del egoísmo, esta individualización al tener un solo punto de giro, sitúa todas las realidades a un mismo nivel, todo tiene el mismo valor, es decir el valor que yo le dé a mi conveniencia, dependiendo de la experiencia adquirida.

Este valor que le otorga no siempre está en comunión con el resto de la sociedad, siguiendo el camino de la individualización que hemos marcado, un sujeto en concreto siempre intentará imponer su criterio y su forma de pensar sobre el de los demás, he aquí la forma más grande de relativizar, dado que podemos tener un criterio diferente sobre el mismo tema y ambos criterios pueden ser valederos.

Como ya se mencionó, esa verdad se hizo historia, se hizo uno de nosotros; al igual que otras religiones el cristianismo, propone unos valores que no son cuestiones de perspectivas, sino que son absolutos, ya que ayudan al hombre a alcanzar una perfección y sobre todo a compartir con otras personas.

La Iglesia se ha convertido en la depositaria de la verdad que es Cristo y es la intenta llevar este mensaje de amor de compartir de Cristo, quien plenifica al hombre, es decir, le da un sentido al hombre que no lo ata al mundo sino que lo ayuda a trascender fuera de las realidades terrenas, con una vida más allá de la vida con algo que no termina con la muerte sino que continua por la eternidad.

Así podemos de cierta forma afirmar que el relativismo intenta despojar al hombre de los valores que posee, transformándolo de algún modo en un objeto más de la naturaleza, viendo en él a un medio más que a un fin. A demás se pierde el valor objetivo de las cosas y su finalidad, transformándose según la subjetividad del que tiene la experiencia.

En cualquier parte del mundo la religión ha conferido al hombre una serie de valores que le ayudan a afrontar las adversidades que puede encontrar en este, acoplándose a la cultura en la que se desarrolla, crece y se forma como persona.

El cristianismo propone una verdad trascendente al hombre, el amor, que lo eleva sobre las demás cosas creadas, porque éste goza de una dignidad superior, el de ser *Imago Dei*, por lo que giramos alrededor de un solo núcleo, Cristo, es decir, que nos movemos en un ámbito antropológico-cristológico, al ser una la verdad, propone la unidad y la unión del

hombre con la divinidad en el amor. Así este se convierte en el motor de todo el actuar del hombre, que no busca egoístamente su propio beneficio, sino también el beneficio de los demás.

En el primer capítulo, se intentará determinar lo que es bueno, por lo tanto haremos referencia a Sócrates en cuanto fue el desarrollador de los fundamentos de la ética y como combatió contra aquellos que de una manera intentaron mostrar valores aparentes (los sofistas); el desarrollo del que hacer filosófico nos ha llevado a escuelas de pensamiento a veces extremista tal la que promete el disfrute de todos los placeres (epicúreos) o la que restringe todos los placeres (estoicos) o la indiferencia total con el relativismo. Ante este pluralismo ético donde la naturaleza humana busca el sentido de la vida, el cristianismo propone una forma de vida que rompe los esquemas que hasta entonces se habían empleado, entre estas novedades esta la del amor, que es capaz de dar la vida.

En el segundo capítulo, se abordará la justificación de la postura cristiana, el hombre se reconoce como bueno y capaz de hacer cosas buenas por ser creado por Dios, además es capaz de reconocer el sentido de su vida inclusive en el sufrimiento, en el dolor y la muerte; la misericordia de Dios que se transforma en amor y que invita al hombre a participar de este amor que se refleja en la donación, como dice la escritura no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

Finalmente, en el tercer capítulo se hablará de cómo vivir el mensaje cristiano del amor en lo ordinario de la vida cristiana, el discernimiento moral, que se resumiría en el ideal de buscar lo que conviene a todos, no a la mayoría ni solo a mí –el bien común–; y que este bien sea algo permanente y no temporal –la civilización del amor–.

1. La determinación de lo que es bueno.

Antes de hablar de cualquier valoración que se puede dar a los actos de la persona, primero debemos conocer más acerca de lo que éste es, de lo que busca y quiere para sí, de las necesidades que tiene, de los sueños y anhelos, del sentido que quiere para su vida.

El hombre empieza a tener conciencia de sí, empieza a conocer y se encuentra con que no está solo, sino que hay otros como él en el mundo, por lo que ve la necesidad de entablar una serie de relaciones con otros, con la naturaleza que le rodea y consigo mismo. Por lo que concluimos diciendo que el hombre es un ser social por naturaleza. Además tendremos que decir que desde el primer momento de su vida dependerá de otros.

Gracias a esta serie de relaciones que ha desarrolla es que se puede hablar de una materia de la ética², por lo que es necesario que exista un algo en el que recaiga la acción de un alguien que la realice, esta acción es a la que se le puede otorgar una valoración – buena o mala como exige la ética–, por lo que todos y cada uno de los actos que realice la persona son motivo de una valoración. A diferencia de los actos humanos, que son propios de la naturaleza de la especie como dormir, respirar, que son involuntarios y no se encuentran bajo nuestro control.

Para dar una correcta valoración de dichos actos debemos tener en cuenta que uno de los atributos más importantes del hombre en el ejercicio de su obrar es la libertad³, es decir –en nuestro caso–, el poder de elección, de querer o no querer tal o cual cosa, por lo que es capaz de hacer las cosas más altas y nobles o la más bajas y brutales⁴. Nosotros deberemos afirmar por la dignidad del hombre que la verdadera libertad consiste en siempre hacer el bien, ya que en esto se reafirma nuestra perfección.

² Aquí nos referimos al estudio de la conducta humana, a saber, aquellos actos que el individuo realiza de manera consciente, voluntaria y libre, de los cuales es capaz de responder ante otros.

³ Como capacidad radical de conducirse a sí mismo, pone en juego todas las potencias del hombre y marca decisivamente su carácter y su destino. Se la puede relacionar, por una parte, con alegría y amor, con ansias hacia la plenitud, hacia Dios; y, por otra, con desesperación, angustia y absurdidad. Permite alcanzar la máxima grandeza, pero también incluye la posibilidad de un desvío completo. Tiene que ver con la autorrealización y con la autodestrucción del hombre. Según la tradición filosófico-teológica la libertad es una vocación y un modo de vivir con dignidad y alegría que se realiza plenamente en el amor, que consiste en hacer el bien, poniendo las leyes humanas al servicio de caridad, que excluye cualquier individualismo, despotismo y totalitarismo en cualquiera de sus formas. Presupone la justa distribución de los bienes entre los habitantes de la tierra y la promoción del desarrollo armónico de todos los ciudadanos y todos los países, sin excluir a ninguno. (Izquierdo (ir.), Burggraf, & Arocemena, 2007, págs. 567-569)

⁴ Cfr. Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del Hombre* en (García Cuadrado, 2003, pág. 25).

La libertad, don excelente de la naturaleza, propio y exclusivo de los seres inteligentes o racionales, confiere al hombre la dignidad de estar en manos de su albedrío y de ser dueño de sus acciones. Pero lo más importante en esta dignidad es el modo de su ejercicio... El hombre puede, en efecto, obedecer a la razón, practicar el bien moral, tender por el camino recto a su último fin. Pero el hombre puede también seguir una dirección totalmente contraria y, yendo tras el espejismo de unas ilusorias apariencias, perturbar el orden debido y correr a su perdición voluntaria... (*Encíclica Libertas Praestantissimum*)/ (*Denzinger*, n.3245)

La verdadera libertad necesita que los actos del hombre no estén forzados por terceros (violencia o coacción) o por situaciones socio-culturales determinadas, porque la mermarían (Sánchez-Migallón, 2008, pág. 54), y por ende, esos actos carecerían de valoración moral alguna, por la condición en la que se encuentra el sujeto que la realiza.

La realidad humana no se rige únicamente por leyes autónomas; tampoco se construye según modelos previamente incorporados a un devenir ciego e irreversible. Por el contrario, las realizaciones humanas dependen, en gran medida de las decisiones libres y responsables de los sujetos humanos implicados en ellas (Vidal, 1995, pág. 12).

La realidad en la que se desarrolla el hombre es fruto de las decisiones que éste va tomando y con las que le va dando forma. Las malas acciones fruto de un conocimiento moral inadecuado han provocado una degradación en la persona, cuyo origen se encuentra en los falsos valores envueltos en eslóganes nobles que han sido utilizados para vulnerarla, haciendo que se ignore el mal y que se pierda en el placer.

Desde antiguo el hombre en su necesidad busca ayuda en algo que supera la finitud el mundo, acude a las divinidades, a la religión, como ayuda para encausar su vida, que favorezca a explicar las cosas que pasan en el mundo que lo rodea, los fenómenos naturales y en general todos los hechos que ocurren en su paso por éste mundo. Pero al igual que el éste va cambiando, el saber y el conocimiento hacen lo mismo –cambian– y dan nuevas herramientas al hombre para enfrentar la vida.

No es raro que fruto de esta religiosidad o en contra de la misma, en la antigüedad se hayan formado escuelas de ética que proponían un camino de vida al hombre, basadas en el disfrute de todo placer o en la imperturbable indiferencia ante éste o ante el dolor. En la actualidad tendremos teorías tales como el relativismo moral que mermará el sentido de lo bueno y lo malo (Spaemann, 2007, págs. 31-32). Todas estas teorías tienen en su centro al hombre –tienen su origen en el humanismo–, pero habrá que tener en cuenta que un antropocentrismo desviado da lugar a un estilo de vida desviado (*Laudato Si*, n.122).

1.1 Conociendo al hombre.

El hombre⁵ ha significado un enigma de reflexión desde sus orígenes para todo el quehacer filosófico, ya que es capaz de contemplar más allá de las cosas del mundo, es capaz de cuestionarse –¿Quién soy?, ¿Qué he de hacer de mi vida para que sea una vida plena?, ¿existe otra vida después de la muerte?, ¿de dónde vengo y a dónde voy? (García Cuadrado, 2003, pág. 21)–, que lo diferencia de cualquier otro ser vivo. Tiene ansias por conocer y por conocerse, empieza adquirir progresivamente una conciencia de su propia existencia, posteriormente de la existencia de las demás cosas y esto le lleva a su vez a encontrarse con la verdad y confrontarse con ella.

Es un camino que se ha desarrollado –no podía ser de otro modo– dentro del horizonte de la autoconciencia personal: el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia. Todo lo que se presenta como objeto de nuestro conocimiento se convierte por ello en parte de nuestra vida. La exhortación Conócete a ti mismo estaba esculpida sobre el dintel del templo de Delfos, para testimoniar una verdad fundamental que debe ser asumida como la regla mínima por todo hombre deseoso de distinguirse, en medio de toda la creación, calificándose como «hombre» precisamente en cuanto «conocedor de sí mismo» (*Fides et Ratio*, n.1).

Éste axioma filosófico –conócete a ti mismo– planteado en la antigüedad, no deja de ser muy actual a la vez. Sin importar el esfuerzo que el hombre haga en su autoconocimiento, sigue siendo un misterio, lo expresará Sófocles de la siguiente manera “muchas son las cosas misteriosas, pero nada tan misterioso como el hombre”, San Agustín en sus confesiones dirá “no soy capaz de abarcar totalmente lo que soy” (X, 8, n.15), en un momento más contemporáneo el ensayista Norteamericano Ezra Pound⁶ dirá “cuando observo con cuidado los curiosos hábitos de los perros, me veo obligado a concluir que el hombre es un animal superior. Cuando observo los curiosos hábitos del hombre, le confieso amigo mío, que me quedo intrigado (Ayllon, 2001, pág. 55). Éstos tres pensadores de diferentes culturas –uno pagano, otro cristiano y otro ateo– verán que la grandeza del

⁵ Los griegos utilizaban la palabra *Anthropos* para referirse al hombre, pero el contenido semántico propio de ésta acepción hace referencia a la “capacidad de ver hacia arriba o un ver intelectual”, en otras palabras el hombre es el ser capaz de sabiduría, de alcanzar el conocimiento. (Ángel Luis González (ed.), 2010, pág. 530)

⁶ Ezra Pound (1885–1972 en Estados Unidos) poeta, ensayista, músico y crítico, perteneciente a la *Generación Perdida*, adepto seguidor de Mussolini y antisemita, fue internado en un psiquiátrico tras haber sido condenado por traición; una frase que se le atribuye dice “El hombre es un organismo excesivamente complicado. Si está condenado a la extinción morirá por falta de simplicidad.” (Wikipedia, 2015)

hombre es propia de un ser superior al resto de la naturaleza y cuya complejidad es motivo de inquietud.

La facultad que proporciona información al hombre sobre sí mismo y le da una capacidad de juzgar los acontecimientos de forma razonable, que surge de la experiencia de la vida cotidiana –experiencias vividas, relaciones sociales–, y no de profundizaciones teóricas o de estudios, es lo que llamamos sentido común. Éste nos otorga el conocimiento necesario para saber que somos diferente a otros seres vivos, vegetales, seres inertes –que hay en la naturaleza–, e incluso de que somos superiores a ellos; de que somos capaces de percibir sentimientos, de tener miedo, de la muerte, del amor, de la felicidad, de los valores y sentimientos ajenos, etc. (Ángel Luis González (ed.), 2010, pág. 534).

Esta experiencia subjetiva nos indica que el hombre es más que mera materialidad, sino que también posee una dimensión espiritual –una interioridad–. Y fruto de esta naturaleza espiritual tanto Inteligencia como voluntad la desarrollan al máximo para permitir que el sujeto cumpla un acto en el cual la libertad personal se vive de modo pleno. (*Fides et Ratio*, n.13).

Debido a esta interioridad, la cual no la podemos deducir de la exterioridad biológica, es por la cual al hombre se le puede llamar sujeto, ya que en él subyacen una serie de atributos propios de aquella dimensión espiritual que posee (Ayllon, 2001, pág. 55). Bajo esa fachada corporal hay todo un universo interior que también se va desarrollando a la par. El hombre puede conocer casi en su totalidad la parte corpórea que posee, pero su interioridad es un enigma aún, por eso no puede darse a conocer completamente –porque ni siquiera él se conoce de esa manera–, cada uno es único en su existencia de ahí que lo podamos considerarlo un misterio (Artigas & Turbón, 2007, pág. 115).

La autoconciencia que va adquiriendo lo lleva afirmar que en él hay dos principios, uno físico que es el cuerpo y uno espiritual que es el alma, tanto Platón⁷ como Aristóteles⁸

⁷ Concebirá el cuerpo como la cárcel del alma y que ésta debe ser liberada de él; el alma que ha practicado la virtud y se ha desprendido del cuerpo está en condiciones de acceder al mar infinito de lo divino, al que pertenece por origen. (Morales, 2007, pág. 83)

⁸ Definirá al hombre como *animal racional*; verá al cuerpo como parte integrante del hombre y se encuentra unido al alma hasta el punto de formar con ella una sola realidad. El ser humano puede ser entendido como cuerpo animado o alma encarnada. La felicidad y el fin del hombre consisten en el conocimiento y contemplación de la verdad (herencia de Platón). Sostiene la inmortalidad del alma. (Morales, 2007, pág. 83)

han hablado de ello –y lo veremos más adelante–; ahora bien ésta unidad no se puede separar en el hombre porque se corre el riesgo de caer en corrientes filosóficas –de tinte reduccionista– tales como el materialismo⁹ o el espiritualismo¹⁰, que presenta una visión parcializada de aquella estructura compleja como es el hombre, hiriendo así la dignidad del mismo. Estas dos dimensiones –físico-espiritual– le otorgan atributos con los que puede conocer la realidad que le rodea, con el cuerpo viene la sensibilidad y con el alma la racionalidad, y que le permitirán desarrollarse en pos de alcanzar su perfección.

Como se dijo anteriormente, el hombre desde que llega al mundo se encuentra rodeado por otros –de los que va tomando conciencia conforme va creciendo, conociendo y formándose como persona–. La familia –como núcleo de la sociedad–, primer entorno donde aprende las cosas más básicas que necesitará a lo largo de su vida como caminar, hablar, escribir, y la más importante relacionarse con otros¹¹ de la manera adecuada, que es lo que facilita que pueda vivir una vida verdaderamente humana.

Así la sociedad se convierte en una relación de convivencia, de sujetos concretos (Juan, Pedro, María, Laura) que viven en ella, que se desarrollan, que buscan su perfección, el sentido de su vida. De este modo la sociedad ve la necesidad de diversificar las labores (agricultores, herreros, médicos, etc.) que le permiten mantenerse con vida, es así que el hombre sólo no es autosuficiente (García Cuadrado, 2003, pág. 165), la necesidad de la vida social no solo es procurase bienes materiales, sino también procurarse los aspectos morales (obrar)¹², es decir, al ser naturalmente social el hombre tiene la necesidad de la ayuda de otros individuos de su propia especie, para poder vivir, desarrollarse, crecer y perfeccionarse como hombre. (García Cuadrado, 2003, pág. 165)

Puede vivir de cara a la totalidad de la realidad (relaciones), es decir, no está determinado en su comportamiento sino que es dueño de sus actos. Y ese señorío se llama libertad. Precisamente porque es libre puede amar, porque amar es afirmar incondicionalmente a la otra persona y dejar de lado los propios intereses o, por mejor decir, llegar a considerar como primordial interés el bien del otro. Y se

⁹ El hombre solo compuesto por materia (no existe una diferencia esencial entre el hombre y los demás seres vivos) lo que se llama alma o espíritu no son más que manifestaciones de la materia. (Ángel Luis González (ed.), 2010, págs. 531-532)

¹⁰ Como opuesto al materialismo, solo reconoce como real el espíritu y lo espiritual, y niega toda realidad propia de lo material, concebido a lo sumo como manifestación del espíritu. (Müller & Halder, 2001, pág. 147)

¹¹ Aristóteles dirá que: “un individuo humano que no vive en sociedad o es más que un hombre (es decir, un dios) o es menos que un hombre (una bestia) aunque posea una apariencia humana” (*Política*, I, 2, p. 50).

¹² “Para acceder a lo esencial del hombre es preciso partir de su obrar, que es lo más manifiesto para nosotros” (García Cuadrado, 2003, pág. 28).

trata de una libertad que crea cultura e historia y transforma profundamente el mundo (Artigas & Turbón, 2007, pág. 115).

La última relación que el hombre enfrenta es con la divinidad, de esta relación surge el hecho religioso¹³, que es de las más antiguas y naturales ocupaciones del hombre, que también se vive en las sociedades, ahora bien el alcance que llegue a tener toda religión dependerá de la concepción¹⁴ que se tenga de Dios y del hombre. De ésta relación se desprenden muchos rasgos característicos dependiendo la cultura en la que se desarrolle.

Toda religión comprende prácticas rituales externas y convicciones de la mente. Contiene aspectos intelectuales (interpretaciones del mundo, credos, confesiones de fe), existenciales o vivenciales (experiencias espirituales, oración), sociales (cultos colectivos de carácter pública) y éticos (sistemas de valores, disciplina moral) (Morales, 2007, pág. 105).

La religión se convierte de esta manera en la búsqueda del hombre por algo que trascienda su propia contingencia, porque está consciente de la limitación de su cuerpo, de la muerte, de que es capaz de hacer el mal y que sobre todo está necesitado de salvación que no puede venir de un ser con sus mismas características.

La religiosidad representa la expresión más elevada de la persona humana, porque es el culmen de su naturaleza racional. Brota de la aspiración profunda del hombre a la verdad y está en la base de la búsqueda libre y personal que el hombre realiza sobre lo divino (Juan Pablo II, Audiencia general del miércoles 19 de octubre de 1983, 2)

1.2 Descubriendo los principios de la ética.

El pensamiento griego tendrá varias etapas de composición o de desarrollo, que corresponderá a la evolución de la sociedad en diferentes campos de su acción (económico, arte, pensamiento, religión, cultura, técnica, etc.), estas etapas las podemos dividir en:

¹³ “Sólo la vanidad y autocontemplación del hombre intelectualizado ha puesto en duda o negado la naturaleza y orientación religiosa del hombre y de la mujer de todos los tiempos y culturas.” (Morales, 2007, pág. 89)

¹⁴ El cristianismo propone una relación de amistad y de filiación respecto a Dios, basándose en el hecho de ser creados a imagen y semejanza a Dios (Gn 1, 26-27). En el islam la máxima relación existente entre dios y el hombre es de sumisión, mientras más sumiso es éste, más cercano a dios se está (Zakzouk, 1426-2005, pág. Cap 4). Le hinduismo considera que a través del conocimiento, el hombre descubre su propia naturaleza y comprende que dios está dentro suyo y que se identifica con él. (Iturbe, 2014)

- *Mítico-religioso*: mito o mítico no es lo mismo que mitología¹⁵, éste sirve de vehículo a una enseñanza religiosa, ética, cosmológica, estética; además hace remontar los fenómenos naturales y patrones de comportamiento humano a determinadas explicaciones de sus orígenes divinos. (Morales, 2007, págs. 96-98)
- *Naturalista*: mira la naturaleza como origen de todo, y al hombre como una parte más de ella (Müller & Halder , 2001, págs. 313-314).
- *Humanista*: el hombre se convierte en el centro de todo, se llega a decir que es el culmen de la naturaleza, éste interés también se manifiesta en los principios morales y reglas de conducta. (Yarza, 2010, pág. 65)

Cada uno de éstos tendrá su influjo en el siguiente de manera positiva o negativa. De éste modo, dentro del período humanístico griego surgen un grupo de pensadores a los que se les otorgó el nombre de sofistas¹⁶, estos poniendo al hombre en el centro del quehacer filosófico, buscan más que un saber teórico un saber práctico, preocupándose sobre todo por la educación del mismo, así se empieza a atender cuestiones de carácter ético, religioso, político, cultural, artístico, etc., que son las que más relevancia tendrán.

Estos se convirtieron en críticos de la religión tradicional¹⁷, de los presupuestos de gobierno y de los valores éticos tradicionales¹⁸ ya que en ellos se encontraban nociones que no están de acuerdo con la corriente humanista de la que ellos partían. Dos de los sofistas más destacados son: Protágoras¹⁹ y Gorgias²⁰.

¹⁵ La mitología se desarrolla y toma cuerpo en la fantasía, lo extraordinario y preternatural (lo que está más allá de lo natural), viene a ser como un resplandor natural y espontáneo de lo mítico. (Morales, 2007, pág. 99)

¹⁶ Surgen por los S. V y IV a. C. el término originalmente no es peyorativo, hace referencia a la sabiduría, es decir que el sofista era el sabio, se dedicaron a la docencia, eran maestros ambulantes que daban enseñanza retribuida, sobre todo buscaban a personas ricas dentro de la ciudades, por este motivo el término sofista vino a significar falso sabio, su principal opositor fue Platón discípulo de Sócrates. (Müller & Halder , 2001, págs. 404-405)

¹⁷ Al ser politeísta y antropomórfica, no fue rígida y unitaria en toda Grecia, carecía de una cosmología revelada, no brindaba esperanza alguna al hombre, además los dioses muchas veces eran fuente de mal o habían cometido errores, de ahí que surgirá un escepticismo frente a los dioses (Breña S.)

¹⁸ La moral se extraía de su justificación en los dioses y en valores absolutos, los sofistas proponen que dicha justificación hay que buscarla en el análisis crítico de los problemas que plantea la vida en sociedad. (Breña S.)

¹⁹ Nació en Abdea por el año 484 a.C. ejerció su magisterio por diversas ciudades griegas. Muere probablemente en un naufragio por el 411 a.C. entre sus obras esta: sobre la verdad, sobre los dioses y las Antilogías o Contradicciones. A pesar del relativismo que propone marca la necesidad de la polis, del derecho, y de la moral. (Müller & Halder , 2001, págs. 363-364). Para él no hay nada estable, ya que toma de Heráclito la idea de que todo cambia (todo es y no es), por lo que no se puede conocer con seguridad absoluta

Ambos, como buenos humanistas, parten poniendo al hombre en el centro de su pensamiento –tendremos que tener en cuenta que para estos autores no existe el doble principio de la constitución del hombre– por lo tanto el hombre queda en una mera materialidad y que no es capaz de trascender dicha finitud, por lo que el conocimiento se ve limitado. Lo bueno y lo malo se van diluyendo en la conveniencia personal (Yarza, 2010, pág. 67), por lo que dejan de tener una valoración absoluta y pasa tener un valor relativo. De ahí que se afirma que el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son (Copleston, 2007, pág. 81), la realidad va perdiendo consistencia, entonces lo único que va a quedar es la opinión que me haya formado de ella, así podemos decir que la firmeza del ser de las cosas descansa más en mi opinión y en la seguridad con la que pueda ser defendida.

En el aspecto ético, se establece que no existen normas de comportamiento determinado que puedan aplicarse a ciertas cuestiones sociales, sino que se debe actuar de acuerdo a cada ocasión y persona con un comportamiento distinto –lo que podemos llamar ética de situación–, es decir, que la ética dependerá de la relación o de las relaciones que establezca con el entorno –con las cosas, con las personas, con la divinidad– y del beneficio que se pueda obtener de ellas. La ética-moral se convierte en un instinto individual que no puede ser enseñado ni transmitido con palabras ni con acciones, por ser subjetiva, se queda en un sujeto determinado y en tal caso muere con él. En otras palabras la ética se convierte en algo relativo al sujeto y a las circunstancias en pos de un beneficio egoísta.

Estos movimientos tuvieron mucha influencia, movieron los cimientos de la cultura griega tradicional²¹, de éste modo se va implantando en las sociedades una manera de pensar y obrar diferente, así se va expandiendo un relativismo ético. Esto no solo traerá una revolución ideológica sino que también el rechazo por parte de otros pensadores como

cosa alguna, dado que en la misma cosa se dan contrarios. Ante lo cual como única salida propone un relativismo. Es el hombre el que determina el valor de verdad del objeto por su propio modo de conocer fundamentado exclusivamente en los sentidos, es decir, lo que para mí es frío, para otro no lo será y para otro puede ser extremadamente frío.

²⁰ Nació en Sicilia por el año 483 a.C. itinerante por varias ciudades griegas, con cierta predilección por Atenas, donde deslumbra por su elocuente retórica. Desarrollador del escepticismo. De las obras que nos han llegado fragmentos son: Sobre la naturaleza o el no ser, Elogio a Helena y apología de Palamedes. Murió en Tesalia por el año 380 a.C. (Müller & Halder , 2001, pág. 203). Su filosofía se plantea en total contra posición al eleatismo²⁰, que propone la inmutabilidad y la eternidad del ser; que se concreta en tres puntos, primero: que nada existe; segundo: si algo existe, no puede ser conocido; tercero: si se puede conocer, no se puede comunicar y explicar a los demás (Yarza, 2010, pág. 69).

²¹ Ver notas al pie de página n. 17 y n. 18

Sócrates²², Platón²³; que ante su concepción, los sofistas habían destruido al hombre, lo habían reducido a un simple ocupante más de la tierra.

Al respecto Cicerón dirá sobre Sócrates –dada la grandeza de su pensamiento y la relevancia posterior que tuvo– que hizo bajar la filosofía desde el cielo, la estableció en las ciudades, la introdujo en los hogares y la convirtió en instrumento necesario para las investigaciones sobre la vida y la moral, el bien y el mal (*Disputas Tusculanas*, V, 4, 10, p. 188). Tal fue la grandeza filosófica que tuvieron estos tres pensadores, que no solo influenciaron la cultura de su tiempo, sino que rebasaron las fronteras del tiempo y han servido de simiente a culturas posteriores –la romana en su momento, y de ahí a toda la cultura cristiana occidental–.

Sin embargo, seguimos corriendo el riesgo de caer en un reduccionismo, esta vez de tinte espiritualista a diferencia del materialista presente en los sofistas. Pero de cierto modo ya se empieza a vislumbrar el co-principio esencial constitutivo del hombre, a saber, alma y cuerpo.

Tanto para Sócrates como para Platón el alma es el principio constitutivo, centro en el cual reposan la personalidad intelectual y moral del hombre. Por ello el cuerpo se convierte en algo despreciable en palabras de Platón es la cárcel del alma. Intentan mostrar a sus contemporáneos la importancia de preocuparse por obtener sabiduría y verdad, pero sobre todo de que su alma sea lo mejor posible, antes de dejarse llevar por los afanes de riqueza, fama y poder; esto lo expresa mediante un cuestionamiento que les hace:

...hombre de Atenas, la ciudad de más importancia y renombre en lo que atañe sabiduría y poder, ¿no te avergüenzas de afanarte por aumentar tus riquezas todo lo posible, así como tu fama y honores, y, en cambio, no cuidarte ni inquietarte por la sabiduría y la verdad, y porque tu alma sea lo mejor posible? (*Apología de Sócrates*, 29d – e, p.40).

²² Aprx. nace hacia el 470 y muere por el 399 a. C., se piensa que proviene de una familia acomodada, se enlisto en el ejército en calidad de hoplita, modelo elevado de un hombre que penetró en la verdad, adversario de la sofística; maestro de Platón, por el cual conocemos gran parte del pensamiento de Sócrates; se le considera el fundador de la época clásica de la filosofía griega; habiendo caído en desgracia por su sinceridad y su justicia y por haberse ganado adeptos entre la juventud distinguida, acusado de impiedad y de seducción de la juventud y condenado a muerte, bebió sosegadamente la cicuta, se dice que mientras agonizaba siguió filosofando sobre la inmortalidad. (Müller & Halder , 2001, págs. 403-404)

²³ Nació en Atenas el nació 427 a.C. de familia noble se dedicó a la política en su juventud, aunque posteriormente se dedicará a la filosofía, a la educación de los jóvenes con la fundación de la academia, pasó toda su vida en Atenas, salvo por unos viajes que hizo para huir de la persecución tras la muerte de Sócrates, muere por el 347 a.C. en su ciudad natal. (Müller & Halder , 2001, pág. 347)

Así el alma se convierte en el centro intelectual y moral del hombre, de éste modo ciencia y virtud se identifican; la ciencia es la que permite obrar bien, mientras que su opuesto, la ignorancia, es causante del mal moral, no por nada dirá Sócrates “instruid a los hombres y los haréis mejores”; con la ayuda de la práctica de virtudes es restaurado el señorío del alma sobre el cuerpo –*enkrateia*–, el dominio de la razón sobre los instintos, es decir, la libertad interior (Yarza, 2010, pág. 76).

Si el bien tiene como principio la inteligencia, el principio del mal moral es la ignorancia, es así que el hombre ignorante considera como bien lo que es en realidad malo, esta preferencia de los bienes aparentes a los bienes reales, desgarrar el alma del hombre; pero el hombre sabio es incapaz de obrar mal, porque no es propio de la naturaleza del alma que ya conoce lo que es recto, en otras palabras nadie obra mal a sabiendas y adrede, nadie escoge el mal en cuanto mal (Copleston, 2007, pág. 99) por el hecho de ser irracional y que va contra la naturaleza racional del hombre.

Esta visión negativa del cuerpo hiere la dignidad del hombre, lo reduce como el humanismo sofista a una mínima expresión. Aristóteles denunciará que éste intelectualismo tiene un punto débil, la voluntad, ésta al no tener ningún peso en el obrar humano, justificaría las malas acciones quedando excusadas por ser involuntarias (*Ética a Nicómaco*, VII, 2, p. 217).

Aristóteles conjugará estas dos posiciones –cuerpo y alma– y sobre el hombre dirá que es un animal racional, reconociendo el doble principio constitutivo de éste, no se queda en la sola materia pero tampoco se queda solo en el espíritu. Ante la doctrina relativista propuesta por la sofística –ser y no ser a la vez–, Aristóteles pondrá la base de toda demostración en el principio de no contradicción, que en el aspecto ético-moral, hace referencia a que una vez admitida la intensidad como buena o mala, sea cual sea, no puede contener en sí lo opuesto, es decir, si la acción fue buena bajo ningún concepto puedo afirmar lo contrario.

Platón, Sócrates y Aristóteles desarrollan su pensamiento estrechamente ligado a un ideal religioso, éste vínculo propone un carácter divino, que se podría expresar de la siguiente manera, la vida más feliz es la que más se corresponde con la divina (Yarza, 2010, pág. 117). Basándonos en esta proposición, se asegura que la divinidad es la mitad de todas las cosas –y ya no el hombre como lo proponía el humanismo sofista–, y se lo

reconoce por tanto como un ser superior que es modelo y principio de todo; a este principio inmutable se le conoce con el nombre de Dios. Como principio de todo lo que existe, debe llevar una vida plena. Dado que el hombre procede de este principio también puede lograr en ciertos momentos alcanzar esta vida plena aunque sea de manera temporal, es decir, que lo divino en nosotros es causa de nuestras mociones²⁴ (Yarza de la Sierra, 2015)

como consecuencia de este razonamiento hemos, pues, de llegar a esta norma, la más bella y la más verdadera, a mi modo de ver, de todas las normas: para el hombre de bien el sacrificar a los dioses, el estar en continua relación con ellos por medio de sus oraciones, de sus ofrendas y de todas las cosas que forman parte del culto divino, es lo más hermoso, lo mejor, el camino más seguro para la felicidad y, al mismo tiempo, es lo que más especialmente le corresponde. (*Leyes*, IV, 716 c-e)

La presencia de la divinidad y del hecho religioso, ayudan a encausar al correcto obrar del hombre en pos de alcanzar la felicidad y un sentido para su vida, esto da un soporte sólido el cual no estaba presente en el humanismo sofista; por lo que el planteamiento ético se enfocada en el logro del supremo bien para hombre y en cuya posesión consiste la felicidad verdadera (Copleston, 2007, pág. 191). Toda acción y elección parecen tender a algún bien, por esto se ha dicho con razón que el bien es aquello a que todas las cosas tienden –lo que nosotros conocemos como fin– (Ética a Nicómaco I, 1, p. 30), donde el mal no tiene cabida –así se lo quiera hacer a un enemigo–, porque esto sería propio de lo irracional de las bestias antes que de la razón propia de los hombres.

A pesar de éste fundamento que se intentó poner en el quehacer del hombre, el relativismo reduccionista continuó y se consolidó aún más, esto no implicará algún tipo de retroceso filosófico sino todo lo contrario, significará que las bases se consolidarán aún más y podrán dar una respuesta definitiva a todo este sin sentido propio del relativismo.

1.3 Entre extremos, epicureísmo, estoicismo y relativismo.

En un ambiente de cambios (culturales, económicos, religiosos) surgen escuelas de vida, que son fruto de la concreción de la ideología humanista de la sofística, en las cuales los hombres de la época buscaran el consuelo a la crisis existencial que viven; el problema es que se enmarcan en extremos opuestos, es decir, en un exagerada oposición al placer y

²⁴ Cfr. *Ética a Eudemo*, VIII, 2, 1248 a 25-27. *Gran Ética*, II, 8 y 15.

falta de valores positivos; y la otra es de tintes hedonistas, cuyo máximo fin es disfrute y el deleite.

Estas escuelas seguirán el camino del materialismo marcado por los sofistas, de hecho en estas se radicaliza más la tesis relativista propuesta por los mismos. Para el epicureísmo²⁵ los placeres necesarios son buenos, ya que son indispensables para la vida del hombre (tal como comer, dormir, el vestir, y la vivienda) y otros son relativos en cuanto tienen un fundamento natural (sexual, lo estético, etc.) (Copleston, 2007, pág. 358), y, la no satisfacción de estos no compromete de ningún modo la existencia humana porque no existe peligro de muerte inmediata.

Para los estoicos²⁶, los placeres y las pasiones son irracionales, por lo tanto habrá que eliminarlas y el único camino para ello es lo racional, por lo que se debe vivir en armonía con la naturaleza y aceptar el devenir de la historia. El sabio estoico intentará vivir rodeado de los bienes de la naturaleza, pero con interior indiferencia ante el resultado (Sánchez-Migallón, 2008, pág. 177). En resumen los estoicos proponen una indiferencia ante el placer y el dolor ya que estos pueden y deben ser dominados por la razón, ya que solo los ignorantes se dejan guiar por las pasiones. Con esto el concepto de bien adquiere una connotación de carácter moral donde resulta indiferente todo lo demás para el hombre (vida, muerte, salud, enfermedad, riqueza, pobreza) (Sánchez-Migallón, 2008, pág. 177).

El fin primordial de estas teorías es el gozo del placer siempre que sea necesario para conservar la vida y obviamente en la supresión del dolor que es su contraposición, y que dicha supresión vendría a ser el placer máximo que todo hombre desea; para obtener

²⁵ Epicuro Nació en Samos en 341 a.C., se establece en Atenas por el año 307 en donde ejerce su magisterio desde el jardín de sus casas, como hecho anecdótico a sus discípulos se los llamaran los filósofos del jardín, se le consideró un escritor fecundo, aunque solo nos han llegado tres cartas (Meneceo, Herodoto y Pitocles) y algunas sentencias (máximas Capitales y Sentencias Vaticanas); muere en el 270 a.C. va a estar en oposición al pensamiento de Aristóteles y Platón, porque le interesa más un saber práctico que teórico, dado que de esta manera se conoce el mundo; para él la realidad material es lo más importante y lo única, ya que de ella podemos conocer las cosas sin mediación alguna. En este materialismo que propone, la felicidad se puede traducir en términos de placer, es decir, lo placentero es bueno y todo lo que vaya en contra de éste es malo (dolor). (Wikipedia, s.f.)

²⁶ Zenón Nacido en la ciudad de Citio en la isla de Chipre en el año 336 a.C. se muda a Atenas por el año 300 a.C. en donde funda la escuela filosófica del estoicismo, que era la unión en su doctrina de la ética cínica y la metafísica de Heráclito. Sus escritos sobre el estado, la vida conforme a la naturaleza y las pasiones se han perdido. Muere en el año 264 a.C. (Müller & Halder, 2001, pág. 461). En general lo que intenta presentar es un arte de vivir y un modo de contemplar la realidad que le permita al hombre, alcanzar la felicidad mediante el saber; también proponen una visión panteísta del mundo ya que la divinidad estaría presente en la constitución de todo ya que según la mentalidad estoica todo debe ser formado de materia, tal es así que la divinidad es el ente causal de todo cuanto sucede en la naturaleza y además es el nexo que liga a todos los seres.

éste máximo placer el hombre debe aceptar su propia condición eliminando así los temores y supersticiones (Yarza, 2010, pág. 207), una vez eliminada esta barrera el hombre puede alcanzar su felicidad. Con este equilibrio de los placeres y dominio de sí que propone, se debe alcanzar la imperturbabilidad (ataraxia) (Müller & Halder , 2001, pág. 133) y la inquebrantable tranquilidad del alma, en este estado de ausencia del dolor el placer es pleno, total e infinito.

El problema radica en que esta búsqueda de los deleites y la indiferencia ante la realidad, cae en un hedonismo, no existen límites para los placeres, claro ejemplo de este eran los grandes bacanales, la idea de desprecio del dolor y de la muerte hacían que se viva en momento de modo desenfrenado y se trate de saciar las necesidades materiales a cualquier costo. Más claro, estas escuelas de vida caen en un mero egoísmo, porque lo importante soy yo y nadie más que yo.

El relativismo no es una novedad, lo hemos abordado en múltiples teorías y bajo diferentes nombre, todas las anteriores doctrinas –los sofistas, epicuros, estoicos– encajan dentro de éste término, todos de alguna manera niegan la existencia de algún tipo de conocimiento moral universal, por lo que los juicios morales no tendrían valor alguno (verdad o falsedad), serían más bien considerados opiniones que variarían dependiendo de la situación. El ansia por satisfacer los placeres personales convierte al hombre en un esclavo de sus pasiones y sobre todo en un ser egoísta que busca su propio bien; la indiferencia ante el mundo lo que ha causado es que el hombre se olvide de que no está solo y que necesita de otros; la propuesta más radical es la que ha puesto al hombre como centro de su propio mundo, que se agota con la existencia de un sujeto concreto.

En todo caso el relativismo procedente de la cultura no es fruto de diferencias morales sino de las estructuras teóricas de la misma, sin embargo tiene una contradicción interna, al proponer que todo es relativo, ya se está absolutizando algo –con esta expresión (todo) ya estamos dando por sentado que hay un valor que es absoluto–, va a contemplar el mundo de una forma parcializada, siempre vista bajo la lupa del subjetivismo, que reduce el conocimiento a la propia experiencia o sensibilidad, más no como las cosas se dan en la realidad, sesgando así cualquier conocimiento objetivo de la misma.

Éstas posiciones extremas, han desfragmentado al hombre y lo han reducido muchas veces a una mínima expresión, olvidándose de lo complejo que es éste. Lo correcto

sería contemplar al hombre en su complejidad y en la complejidad de relaciones que hace con el entorno que le rodea y consigo mismo.

En su momento Aristóteles, Platón y Sócrates intentaron dar un sustento firme al actuar del hombre, no en la materialidad o en la contingencia de seres finitos, sino en algo más trascendente, el alma, la presencia de la divinidad en el hombre. El arma para vencer aquellas pasiones desenfrenadas y que vendría a ser el alimento del alma es, la virtud, que no es algo nato en hombre sino que debe ser adquirida por practicarse en sí misma y no por utilidad para alcanzar algo, ya que ésta es considerada el más grande de los bienes –por el contrario y en posición al mal que es todo vicio–,

El justo medio (*Ética a Nicómaco*, IV, 4 p. 138), quedará como un hábito que ayudaría al hombre a no caer en los excesos o en las carencias; la tradición cristiana tomará esta misma idea en S. Agustín, dirá que la verdadera virtud es aquella que está en el medio justo entre dos extremos, es decir, la virtud de la templanza esta en medio de la temeridad y de la cobardía.

Así veremos que la fe, la religión, tiene un papel importante en el desarrollo del hombre, porque lo dotan de principios firmes con los cuales puede afrontar la vida sin la necesidad caer en reduccionismos absurdos, sino contemplando la realidad en su conjunto y obrando en pos de un bien común que sea duradero.

1.4 El cristianismo en busca del justo medio.

La romanización del cristianismo se dio como proceso natural de la incursión de la nueva religión en la cultura greco-romana, este proceso de adaptaciones se da con grandes tensiones, siempre buscando un equilibrio, para que el mensaje se mantuviera íntegro y a la vez asequible al nuevo mundo.

“Mas aunque la filosofía griega no llegue a alcanzar la verdad en su totalidad, y, además, no posea en sí misma fuerza para cumplir los mandatos del Señor, al menos prepara el camino para la enseñanza verdaderamente más regia, porque de un modo u otro hace prudente (al hombre), modela el carácter, y predispone a quien cree en la Providencia para la recepción de la verdad” (*Stromata*, I, 80, 6)

La especulación teológica encontrará en la filosofía griega fundamentos que le ayudaran a desarrollar toda la doctrina con mayor precisión, los pensadores cristianos

encuentran en éstas fragmentos de verdad, que prepararán el camino a la verdadera filosofía, el cristianismo, lo dirá S. Justino “todo lo que de verdadero han afirmado los filósofos, pertenece a nosotros los cristianos” (*Apologías*, II, 10.)

Con la difusión de ideas griegas, también van entrando las teorías éticas desarrolladas por Epicuro y Zenón (epicureísmo y estoicismo), el primero desaparece, porque no tuvo continuidad, mientras que el estoicismo en cambio tendrá un resurgir, se lo conocerá como estoicismo romano y penetrará en el pensamiento cristiano en autores como Tertuliano, Minucio Felix (Daniélou, 2006, págs. 172 - 185); de la misma manera la influencia platónica se hizo sentir en S. Agustín y las ideas aristotélicas tendrán gran auge cuando las retome S. Tomás de Aquino.

Ahora bien, esto no implica que se reduzca la religión a una filosofía o viceversa, más bien es un intento de los pensadores cristianos de explicar de manera racional el universo, Dios, el hombre, tomando en cuenta la revelación divina y las exigencias de la razón humana.

En el aspecto ético, que es lo que nos interesa, tenemos dos posiciones extremas que conjugan la relación entre la religión (fe) y el comportamiento ético del hombre o su total separación;

- La primera, a la que podemos llamar fideísmo ético, erróneamente piensa que todo el contenido ético-moral está estrechamente vinculado con el fenómeno religioso y más aún que no se puede hablar indiferenciadamente de ello, es decir, se abandona toda racionalidad, por lo que el obrar humano queda reducido a la acción y designio de Dios. (Campos Mariscal, 2008, pág. 70)
- El segundo, al que podemos llamar ateísmo ético, rechaza todo lo que tenga o esté relacionado con una divinidad, Vidal citando Dostoievski²⁷ dirá “como no hay Dios todo está permitido” (p.76), en otras palabras es un racionalismo; el criterio de valoración moral es humano y vale en tanto que es del hombre sin ningún fin religiosos, aquellos que han optado por esta línea, viven según un criterio ético básico, hacer el bien y evitar el mal. (Vidal, 1995, pág. 72)

²⁷ Este comentario es hecho en favor de la existencia de Dios y en contra del ateísmo. Cfr. F. M. Dostoievski, Obras completas II, Vergara, Madrid 1943, 860, Crimen y castigo, Los endemoniados, y Los hermanos Karamazov.

Si admitimos una apertura moral a la trascendencia bajo ningún concepto estamos privando de algún valor absoluto a la persona, sino todo lo contrario, se deja de ver al hombre como un medio y pasa a vérselo como un fin en sí mismo; para poder dar este paso partimos de la premisa de que el hombre está ordenado a Dios.

El verdadero cristianismo es el justo medio entre estos dos extremos, conjuga dentro de sí, la fe y la razón, como una sola unidad; el actuar del hombre deber ser el reflejo de la vida interior, fruto de la relación con la divinidad que lo ayuda a trascender, es decir, que todos los actos del hombre tiene un valor infinito.

La moral cristiana nace de la fe en Jesús verdadero Dios y verdadero Hombre, cuya vida y obras son una norma para la praxis de la vida cristiana, cada acto del cristiano configurado a Cristo ayuda y contribuye a la edificación del reino de Dios, cuya base es la caridad-Amor-Amistad²⁸ (Ángel Luis González (ed.), 2010, pág. 102).

El relativismo, como un sin sentido de la vida es destructivo, ante esto la fe cristiana plantea un valor absoluto, que sería el hilo conductor del actuar del hombre, el amor, como sentido en la vida; impulsados por éste la vida del hombre no se encierra en sí misma fruto del egoísmo o del hedonismo, sino que se abre y transforma la realidad humana.

“El amor humano va más allá del amor a sí mismo. Estamos abiertos al amor hacia otros seres humanos, sea meramente porque queremos su bien, sea porque además buscamos su amistad.” (Jaroszynski & Anderson, 2012, pág. 45)

El desarrollo del hombre tanto como ser individual o en su relación con otros debe ser el punto de desarrollo de los diferentes aspectos, ya que es un ser social que ha sido creado en comunidad, y su relación con otros es la que complementa toda su integridad como persona, de ésta manera empieza a comprenderse no como un sustrato individualizado, que ha sido abandonado en una mundo muchas veces hostil, sino que es co-artífice de su vida, ya que puede darse a otros. Así podemos determinar que lo bueno es el amor y que los actos realizados bajo éste son puros y desinteresados, que buscan la construcción de un mundo más humano.

²⁸ Amor y amistad comparten la misma raíz, φίλος - ία (filia) (Pabón y Suárez de Urbina, 2009, pág. 623).

2 Justificación de la postura cristiana.

En el primer capítulo determinamos lo que es bueno, lo planteamos como un valor absoluto que otorga sentido a la vida del hombre, el amor. Presente en el obrar humano lo fortalece y evita cualquier pretensión de relativizar su conducta –a una situación concreta o a un capricho suyo–, dado que es una lucha constante para éste. Para la fe éste amor es una persona, Jesús, que “viene en medio de nosotros y transforma nuestras vida, en Él vemos que Dios es amor, fidelidad, vida que se nos da.” Francisco.

Ahora bien, el hombre es capaz de hacer cosas buenas porque ama el fin que encuentra detrás de ellas, tiene que ser desinteresado, si busco el bien, no es solo para mí, sino para otros (*Gaudium et Spes* 35); por ejemplo, el padre de familia que trabaja doble jornada para poder sacar adelante a su familia. A éste ejemplo se aplica perfectamente la siguiente mensaje del Evangelio “el que quiera seguirme que se niegue a sí mismo... y me siga” (Lc 9, 23), es decir, que los actos de amor –en el seguimiento a Jesús– requieren cierto sacrificio para su consecución.

Sería lógico pensar que los actos del hombre mueren con él dada su finitud –es el fin de la vida y por lo tanto es el fin de todo lo hecho y de lo que se tenía que hacer–, aquí la esperanza parece terminar, pero la fe cristiana nos muestra que los actos del hombre tiene un valor infinito, que trascienden las fronteras de la muerte y que sirven para la vida futura.

Es más cuando hablamos de la muerte –ante ella todos somos iguales, todos pasamos por ese trago amargo directa o indirectamente–, el hombre tiene un rechazo casi natural a ella, igual que al dolor; pero hoy por hoy es una condición casi inevitable que éste tiene que vivir durante su estancia en éste mundo. Los planteamientos y todo los esquemas de vida que hayamos construido hasta ese momento se tambalea, –la muerte, el dolor, el sufrimiento– han topado sus cimientos, y es ahí cuando el hombre se cuestiona muchos aspectos de su vida, es más, busca un sentido para ella, y por lo general tiene un acercamiento a la fe, a la religión.

El hombre enfrentado a la muerte o al dolor, si no es capaz de superarlos se puede hundir en un profundo abandono –del cual es costoso salir pero no imposible–, la esperanza de que no todo termina con la muerte solo se puede conseguir mediante el

encuentro del sentido de la vida. Nuestro sentido de la vida abarca estos amplios círculos – de la vida y la muerte, del sufrir y el morir– (Frankl, 2004, pág. 102), y de enfrentarlo todos con la alegría de sabernos hijos de Dios.

La Iglesia fruto del amor de Dios (*Gaudium et Spes*, n.40) y presente en el tiempo, acompaña al hombre en los avatares de la historia, pregona la libertad de decisiones, la dignidad de conciencia, es decir, la dignidad del hombre en cuanto hijo de Dios. La centralidad del mensaje cristiano en resumen es, el amor y la semejanza con Cristo.

Toda la Iglesia, en todo sus ser y obrar [...] actúa en caridad, tiende a promover el desarrollo integral del hombre. Tiene un papel público que no se agota en sus actividades de asistencia o educación, sino que manifiesta toda su propia capacidad de servicio a la promoción del hombre y la fraternidad universal [...] el testimonio de la caridad de Cristo mediante obras de justicia, paz y desarrollo forma parte de la evangelización, porque Jesucristo, que nos ama, le interesa todo hombre (*Caritas in Veritate*, n. 11 y n. 15)

Si en la antigüedad se preocupaban más por aspectos banales de la vida del hombre como eran el placer, el deleite, la consecución de bienes materiales, fama, etc., el cristianismo propone la trascendencia de estos aspectos en busca de la verdadera felicidad del hombre.

Sin importar la cantidad de corrientes de pensamiento que surjan y la cantidad de doctrinas de diferente índole que se intenten imponer en las sociedades, el verdadero cristianismo dirá que el desarrollo del hombre y de la sociedad debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres –sin importar género, condición social, etc.– y a todo el hombre visto de la manera más integral, es decir, el hombre en su conjunto. El Evangelio es un elemento fundamental del desarrollo porque, en él, Cristo, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre (*Gaudium et Spes*, n.22) / (*Caritas in Veritate*, n.18).

2.1 El hombre capaz de hacer cosas buenas.

Cuando Dios creo todas las cosas –la Sagrada Escritura nos dice que– todas fueron hechas buenas (Gn 1, 31), es decir, que en ellas no había maldad alguna, Dios les participó de una parte de su ser, que es la bondad, con más razón se la participó al hombre que fue creado a Imagen y Semejanza suya (cfr. Gn 1, 26-27), fue creado como el único ser capaz de amar y conocerlo (*Gaudium et Spes*, n.12)

Por esta bondad intrínseca en la naturaleza humana –huella del creador– es capaz de hacer cosas buenas, las desea porque encuentra en las cosas la huella de su creador, pero en donde encuentra más destellos de su creador es en otro hombre –aquí el deseo se convierte en amor–, en conclusión el Hombre es capaz de Dios porque es capaz de obrar bien (*La trinidad*, XIV, 11) / (*Catecismo*, n.356).

Todas y cada una de las acciones son producto de su libertad y deseo, se dan en el mundo y en la historia y no en la profundidad cerrada de la persona (Rahner, Curso Fundamental sobre la fe, 2007, pág. 58), es decir que las acciones son externas, por lo que son motivos de juicios o valoraciones como buenas o malas, estos actos deben ser realizados sin violencia o coacción alguna (Sánchez-Migallón, 2008, pág. 54), más los internos no entran dentro de valoración alguna por parte del hombre, eso solo le compete exclusivamente a Dios.

El hombre conserva el deseo del bien, pero ha quedado inclinado al mal y sujeto al error. (*Catecismo*, n.1707); de ahí que el hombre esté dividido en su interior. Aunque el hombre persiga con todas sus ansias y fuerzas las cosas, se encuentra limitado por su propia naturaleza y no es capaz muchas de las veces de reconocer el bien aparente que se le presenta del verdadero, ya que aparenta ser agradable ante los sentidos, de tal modo que los engaña. Por esto, toda vida humana, singular o colectiva, aparece como una lucha dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas (*Gaudium et Spes*, n.13).

Como dice S. Pablo “de hecho no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero.” (Rm 7, 19); la vida humana debe ser llevada por la razón que nos muestra el orden de las cosas, por la voluntad que se dirige por sí misma a su bien verdadero (*Catecismo*, n. 1704); éste hacer el mal es fruto de un desorden interno de la persona –al que nosotros llamamos pecado–, que de por sí es un acto egoísta, daña la naturaleza humana, y como dijimos anteriormente, la inclina al mal.

El pecado, según lo presenta S. Pablo, sería la primera línea de frontera que el hombre tiene que vencer en su camino hacia su auto-realización; el aguijón de la carne (2Co 1, 7) del que habla el Apóstol se puede entender como la concupiscencia o la tentación presente en la vida del hombre, que se convierte en un limitante de sus capacidades, en otras palabras es un velo que cubre la correcta visión del mundo. La existencia del pecado –si lo entendemos como malo, maldad– no es porque este tenga un

ser propio, sino que debe ser entendido como la ausencia del bien o bondad, cuyo ser tiene su origen en Dios –ya que es uno de los atributos divinos–.

Ante ésta visión pesimista de la condición humana, Dios no se ha quedado de brazos cruzados viendo como el hombre se destruía, sino que envía a su hijo (Ga 4, 4), para que restaure la naturaleza humana herida por el pecado, en textos del Nuevo Testamento se refleja la condescendencia divina para con el hombre, así lo podemos ver en el cantico de Cristo siervo de Dios²⁹ en la carta a los Filipense 2, 5-11.

Del Concilio Vaticano II, se desprende esta idea “Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (*Gaudium et Spes*, n.22), la encarnación debe ser entendida en este contexto creación-redención-plenitud, no sólo como remisión, sino como intrínseca potencia que incentiva la realización de las fuerza físicas, morales y espirituales de la humanidad (Amato, 2009, pág. 504). Es así que la presencia de Cristo se convierte en el eje director de la conducta humana.

Al asumir la naturaleza humana no excluye ninguno de los aspectos que esto conlleva, salvo la inclinación al mal, fruto del pecado original, donde queda marcada la herida en las relaciones –las que viene a restaurar– del hombre con Dios, con los demás y consigo mismo; Cristo asume esta condición para demostrar al mismo hombre cual es el camino a seguir para alcanzar el fin, el cual S. Agustín lo describirá de manera más clara «porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti.»³⁰ (*Confesiones*, I, 1, 1.)

Jesús verdadero Dios y Hombre, vive las contradicciones de su tiempo, pero con la autoridad de quien se sabe libre de las limitaciones causadas por el pecado, se propone como fundamento, modelo y medida de todo lo que debe ser el hombre, a tal punto es su amor por éste que dará su vida sin arrepentimientos para culminar la obra salvífica que había iniciado con la creación.

²⁹ Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre"; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

³⁰ quia fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.

La muerte de Cristo se desvela como la revelación radical e irrevocable de que Dios es amor, amor más fuerte que pecado y que la muerte, amor que ante el mal se convierte en misericordia (Izquierdo, 2009, pág. 98)

El amor se convierte de esta manera en el hilo conductor del obrar humano, a ejemplo de Cristo quien amó sin medida; en su tratado a la Primera Carta de S. Juan (1Jn 4, 4-12), Homilía 7, S. Agustín en su homilía dirá en breves palabras “ama y haz lo que quieres”³¹ (Io. Ep. Tr. 7, 8). El amor se convierte en un acto fundamental en el seguimiento de Cristo. La liturgia, en el rito antes de la Comunión, se nos dice: “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.” (Misal Romano Diario), el corazón siempre ha sido la representación de la parte más sensible de la persona y a la cual se apela en busca de sentimientos nobles como la caridad, el perdón, la misericordia, entre otros (cfr. Col 3, 12).

El corazón del hombre debe ser transformado desde lo más profundo, los avatares de la vida pueden petrificarlo, endurecerlo, hacerlo indiferente a su propia realidad, he ahí que Dios lo quiere sensible, de carne (cfr. Ez 11, 19; 36, 26), manso y humilde (cfr. Mt 11, 29). Un corazón misericordioso me enseñará a ver el mundo con una mirada sin escamas, sin velos, con los cuales puedo ver a los demás hombres con los mismos ojos de Jesús, sin perversiones ni malicias, sin envidias ni rencor, sino que son capaces de sentir la necesidad de los demás. Cristo es el filtro con el cual debo ver y amar al prójimo, un corazón que siente pena profunda al ver a tantos hombres y mujeres perdidos, abandonados, solos, como ovejas que deambulan sin pastor (cfr. Mt 9, 36).

La verdadera imitación de Cristo, en la convivencia con él, consiste pues, en hacer que la ley interior de su vida obre en cada diversa situación personal. La imitación de Cristo es digna de vivirse, no cuando meramente se intenta multiplicar

³¹ La frase originaria es esta <*Dilige, et quod vis fac*> cuya traducción sería “quiere y haz lo que quieres”, aunque por motivos de contexto se ha traducido por “Ama y haz lo que quieres”, y es que del querer sería como un simple acto volitivo, mientras que el amar implica algo más profundo como la donación; este sería en contexto de la cita: “Lo dicho se refiere a acciones semejantes. Pero lo mismo acontece cuando se trata de hechos diferentes. Así hallamos que la caridad hace a un hombre duro y la maldad hace a otro afable: el padre pega a su hijo, el traficante de esclavos se muestra afable. Si presentas una y otra acción, los golpes y los gestos de afabilidad, ¿quién no elegirá a éstos y rehuirá aquéllos? Si pones los ojos en los sujetos que realizan esas acciones, es la caridad la que pega y la maldad la que se muestra afable. Ved lo que trato de meteros en la cabeza: la bondad de las acciones de los hombres sólo se discierne examinando si proceden de la raíz de la caridad. En efecto, pueden realizarse muchas que poseen una apariencia de bondad, pero no proceden de la raíz de la caridad; también las zarzas tienen flores. Otras acciones, por el contrario, parecen duras y crueles, pero se llevan a cabo para imponer la disciplina bajo el dictado de la caridad. Así, pues, de una vez se te da este breve precepto: Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien.” (Io. Ep. Tr. 7, 8)

su vida – sin posibilidad de lograr más que aguadas copias-, sino cuando realmente se la prolonga [...] precisamente porque esta prolongación de la vida de Jesús en nosotros observa su ley interna, al realizarse en su Espíritu [...] (Rahner, Dios, amor que desciende. Escritos espirituales, 2008, págs. 182-183)

El hombre de corazón bueno es capaz de amar sin medida, de entregarse sin medida, en este proceso de vaciamiento efectivamente se puede entrar en una crisis existencial, así le ocurrió a S. Agustín, que probó en todas las corrientes filosóficas de su época en busca del sentido de la vida, y lo encontró, la verdad salió a su encuentro, Jesús salió a su encuentro en el cristianismo.

Cuando te preguntas sobre el misterio de ti mismo, y no hallas respuesta en lo humano, regresar a ver la cruz, mira a Cristo, quien da el sentido de la vida (*Deus Caritas Est*, n.12); ante cualquier intento de relativizar al hombre, en su conjunto o en sus acciones, cosa que lo único que produce es un sinsentido en la vida, por el contrario, es la fe la que nos otorga un punto firme en el cual apoyar la acción del hombre, el amor a imitación de Cristo.

Ante la pregunta de si el hombre es capaz de hacer cosas buenas, la respuesta más sensata sería afirmar que sí, sin duda alguna, está en su esencia hacerlas, más aun cuando se ha subsanado en la raíz las relaciones del hombre; es capaz de hacer el bien porque es capaz de amar y éste no concibe el mal en ningún momento.

El hombre sí es capaz de hacer cosas buenas porque en él existe una bondad intrínseca propia de su naturaleza creada –Dios creo todas las cosas y las hizo buenas–, por lo que la bondad es un valor absoluto que habita en todo. Que las acciones del hombre se desvirtúen no es otra cosa más que un reflejo de una herida causada por algo externo a él mismo, al que nosotros llamaremos pecado, éste es el que hace que se distorsione el actuar.

2.2 El dolor, el sufrimiento y la muerte como fronteras límite del sentido de la vida.

El hombre es capaz de obrar correctamente en pos de alcanzar su verdadero fin, sin embargo el mundo en el que vive resulta muchas veces ser hostil; en él se puede percibir el mal que rodea al hombre –aunque éste no se da por sí mismo –, sea éste físico (enfermedades, catástrofes naturales, etc.) o moral (desigualdad, miseria, violencia, etc.) Es en éste mundo en el que el hombre está llamado a desarrollarse y alcanzar su perfección.

Una realidad ineludible en el mundo es que hay dolor, sufrimiento y muerte, de los dos primeros es necesario marcar una pequeña diferencia, no son los mismo³², aunque mantengan una relación casi de dependencia.

Estos aspectos vitales de su permanencia en la tierra ciertamente no son los más importantes ni son los únicos de los cuales se pueden hacer vivencia, pero brindan una importante aunque subjetiva experiencia de la realidad; son incluso más influyentes a tal punto que hacen tambalear la estructura de la vida personal y puede llegar a reflejarse socialmente en comportamientos determinados como el aislamiento, la ira entre otros.

La intensidad con la que puede vivir el dolor, el sufrimiento y la muerte realmente ponen en cuestionamiento el sentido de la vida del hombre, relativiza cualquier principio o norma de vida, el pensamiento que se forja es bastante desesperanzador; si igual estoy condenado a morir, con mi vida y con mi cuerpo puedo hacer lo que me da la gana; aquí viene el abuso y el exceso, el hundimiento en los placeres y una vivencia sin control ni límites visibles.

El desenfreno causado lo único que provoca es un aislamiento progresivo y una limitación de las capacidades físico-espirituales (rabia, agresividad, desesperanza, culpa, reproche, etc.), muchas de las veces en el intento de huir de éste panorama desolador, encontrará refugio en las cosas materiales para llenar el vacío en su interior, pero éste lo único que hace es agrandarse más.

En éste actuar egoísta y desenfrenado no se percata del daño que causa a otras personas –sean cercanas o lejanas–, destruye su entorno social, incluso hace que estas personas lo rechacen, acrecentando aún más su aislamiento. Como dijimos anteriormente el hombre necesita de otros, no puede vivir aislado³³. Sin importar la edad, género, condición social el efecto causado es similar con el agravante o atenuante propio de la madurez de la persona.

³² El dolor es una experiencia sensorial y emocional desagradable, asociada a lesiones reales o probables, o descritas en función de tales daños. (An unpleasant sensory and emotional experience associated with actual or potential tissue damage, or described in terms of such damage (International Association for the Study of Pain, 1994)). Sufrimiento es una respuesta negativa inducida por el dolor y también por el miedo, la ansiedad, el estrés, la pérdida de objetos afectivos y otros estados psicológicos.

³³ Aristóteles dirá que: “un individuo humano que no vive en sociedad o es más que un hombre (es decir, un dios) o es menos que un hombre (una bestia) aunque posea una apariencia human” (*Política*, I, 2, p.50).

Los jóvenes, con relación a este aspecto, muestran un menor grado de conciencia de la realidad innegable de la muerte y los cuestionamientos alrededor de la misma son esporádicos, en comparación con los adultos mayores en donde perciben una mayor proximidad con la misma, que los lleva apropiarse de su llegada y a concebirla como algo inminente, lo cual es el resultado de haber vivido y enfrentado numerosas pérdidas físicas, sociales y psicológicas durante su ciclo vital. Lo anterior se convierte en un entrenamiento que le permite enfrentar y responder a la exigencia de las limitaciones finales y a la presencia de la enfermedad o la muerte (Uribe Rodríguez, Valderrama, & López, 2007, pág. 111).

Pensadores contemporáneos también han ahondado en éste aspecto pero no han tenido conclusiones muy alentadoras, así J. P. Sartre concebirá la muerte como una ruptura o quiebre el cual quita todo significado a la vida anulando así toda posible realización, en otras palabras es una aniquilación de su existencia y negación de cualquier posterior trascendencia (Lataurrelle, s.f.). A. Camus verá la vida como absurda, llena de dolor y limitada por la muerte, es decir que el hombre no puede alcanzar ningún tipo de plenitud (Lataurrelle, s.f.). De éste modo ante lo hecho inevitable de la muerte todo lo vivido, disfrutado y llorado, termina, todo llega a su fin.³⁴

S. Pablo en tono sarcástico dirá “comamos y bebamos que mañana moriremos” (1Co 15, 32), es obvio que ante el pesimismo imperante esta frase validaría todo tipo de comportamiento dada la condición particular de cada individuo. Todo quedaría permitido y justificado.

Ante todo éste pesimismo deberemos afirmar que el hombre por naturaleza no está hecho para soportar el dolor ni el sufrimiento, acordémonos que el hombre fue hecho a Imagen y semejanza de Dios y por ende su vida debería ser reflejo de la vida divina. Taciano dirá en su discurso contra los griegos “no hemos sido hechos para la muerte, morimos por nuestra culpa. Nos perdió nuestra autonomía. Siendo libres, nos convertimos en siervos al ser derrotados por el pecado. Nada malo fue hecho por Dios, la maldad se produjo por nosotros. Pero aunque nosotros lo provocamos, somos incapaces de quitarla” (Lorda, 2009, pág. 287).

³⁴ Claro ejemplo de esto son los suicidas, que han llegado a la conclusión de que la vida es un absurdo, de ahí la decisión extrema de terminar con su vida.

Por otra parte la fe va a brindar una esperanza sólida y otorgará un nuevo significado del dolor, del sufrimiento y de la muerte, ya que estos no están en el designio divino de Dios para el hombre, si no que han sido un cambio a peor (*Denzinger*, n. 371)³⁵.

La Sagrada Escritura revela que Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su mismo ser, pero la muerte entró en el mundo por envidia del diablo y la experimentan sus secuaces (Sb 2, 24-24). Porque Dios no hizo la muerte, ni se alegra en la destrucción de los vivientes. Él lo creó todo para que subsistiera: las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte ni el abismo reina sobre la tierra porque la justicia es inmoral (Sb 1, 13-15).

Es una verdad de fe que el alma se desprende del cuerpo una vez terminado los procesos vitales sean por motivos naturales o artificiales, este proceso no es un cambio de estado o de forma de existir (como piensan los hindús en la reencarnación), para el hombre la muerte es principio de eternidad; incluso se puede uno atrever a afirmar que las leyes naturales ya no perturban al cuerpo, el hombre al ser una dualidad, no puede ser entendido de manera separada (cuerpo-alma) sino en su conjunto, por lo que su alma y cuerpo se separan, no es de manera perpetua, sino temporal, ya que deben estar juntos en la eternidad, “creemos de corazón y confesamos oralmente la resurrección de esta carne que llevamos y no de otra” (Inocencio III). De este modo si consideramos el cuerpo como tal la muerte es un hecho natural, sin embargo por el fin hacia el cual está ordenado éste –ser materia del alma–, la muerte es algo contrario a la naturaleza del hombre (Suma Contra los Gentiles, IV, 81)

El magisterio actual de la Iglesia responderá ante esta falta de esperanza diciendo que, el máximo enigma de la vida humana es la muerte, pero es Cristo resucitado quien otorga un nuevo significado a ésta vencéndola y adquiriendo para el hombre la vida verdadera (*Gaudium et Spes* 18), esta esperanza es fruto de la misma revelación, la resurrección Lázaro (Jn. 11, 1145), del hijo de la viuda de Naín (Lc. 7, 11-17), la misma resurrección de Cristo: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá (Jn 11, 25).

³⁵ <In deteribus commutata> S. Agustín, *De nuptiis et concupiscencia*, II, 34, 57 (CSEL 42, 315) (PL 44, 471).

Es por Cristo que tanto la vida como la muerte adquieren un nuevo sentido (*Gaudium et Spes*, n.22). S. Agustín dirá, si se sufre por una causa noble (como la religión y la justicia), se convierte en gloria del que renace (Ciudad de Dios XIII, 6)

En el aspecto teológico y partiendo del principio de que el hombre es una unidad de cuerpo y alma, el hecho de la muerte es algo que afecta a la totalidad del hombre, es decir, el fin de la corporeidad de éste (homo viator)³⁶ y el comienzo de la eternidad del alma, pero no excluye un ulterior perfeccionamiento después de la muerte, las realidades del purgatorio y de la consumación final, hablan de un perfeccionamiento final antes de la vida en la divinidad, porque nuestra muerte es un con-morir con Cristo en su muerte redentora (Rahner, *Sentido Teológico de la muerte*, 1965, págs. 29-63) y el hombre está llamado a esta condición final tanto en su cuerpo como en su alma ya que son una unidad.

Cristo ejemplo de hombre, como lo relata la Sagrada Escritura (en su pasión, muerte y resurrección), demuestra que a pesar de la muerte, la vida continúa, pero no es una vida limitada, dirá S. Agustín “La muerte no es cosa mala, no tienes motivo de temer lo que no es malo... los mártires fueron amantes de la vida y por eso soportaron la muerte” (Sermón 335B, 1-4). Es el ejemplo de Jesús quien les otorgó la fortaleza para afrontar los actos de barbarie a los que eran sometidos, es la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús que te ha librado de la ley del pecado y de la muerte (*Sermón* 152, 1).

Con los padecimientos vividos durante el camino de cruz, todas las vejaciones, dolores y sufrimientos que pudo experimentar, en lugar de entregarse al sinsentido y consiente de lo que éste acto significaba, por medio de sus actos, de levantarse una y otra vez, de cargar la cruz, de perdonar los agravios, de mirar con ternura a los demás hombres, e incluso desde la cruz pedir perdón a Dios por los actos cometidos por otros “perdónalos, no saben lo que hacen”(Lc 23, 34), otorga un sentido nuevo al dolor al sufrimiento e incluso a la muerte, el amor, la Sagrada Escritura dirá no hay amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos (Jn 15, 13).

Algunos documentos eclesiales, un poco más contemporáneos, de los cuales podemos rescatar puntos doctrinales que se refieren a este aspecto:

³⁶ Para la teología, esta concepción sería el equivalente al hombre que camina, y su camino es la vida.

- Constitución Lumen Gentium (n. 48): “... y al final del mundo irán los que obraron el bien a la resurrección de la vida; y los que obraron el mal, a la resurrección de la condenación (Jn 5, 29; cfr. Mt 25, 46)”.
- La Carta de la Congregación para la doctrina de la fe sobre algunas cuestiones relativas a la escatología (1979)³⁷ recuerda que “si no hay resurrección todo el edificio de la fe se derrumba, como vigorosamente lo afirma San Pablo (cfr. 1 Co 15)”, y propone dos puntos para reafirmar esta doctrina:
 - La Iglesia cree en la resurrección de los muertos.
 - La resurrección se refiere a todo el hombre; para los elegidos no es sino la extensión de la resurrección del mismo Cristo a los hombres.

Es la fe en Cristo la que devuelve al hombre la esperanza de una vida más feliz y plena a pesar de encontrarse con experiencias vitales adversas, le hace capaz de tolerar cualquier sufrimiento en este mundo, y esta esperanza se refleja en la persona de Cristo, quien dio su vida por amor. La mirada negativa de la muerte desaparece, y así se le puede recibir como aquel amigo añorado que ha regresado. En la muerte no dejaras tu casa antes bien, regresarás a hogar.

2.3 Diversas circunstancias pero un solo valor: el amor.

Como ya hemos ido mencionando, a lo largo de estas líneas, la constante frente al sin sentido del relativismo, y que la hemos planteado como base del verdadero sentido que debe tener el hombre en la vida, ha sido al amor, pero éste entendido no de la manera humana³⁸ que a veces lo reduce a expresiones ambiguas, sino como una donación, un constante entregarse, cuando se lo desarrolla se convierte en virtud y posteriormente se debe convertir en el principio y fundamento de las demás virtudes morales.

Ciertamente el amor escoge a quién ama (el amigo) o lo que ama, esto puede caer en situaciones muy particulares como las obsesiones, que desenfocan esta virtud, los celos

³⁷ “El cristiano debe creer por una parte, en la continuidad fundamental existente, en virtud del Espíritu Santo, entre la vida presente en Cristo y la vida futura; pero, por otra parte, el cristiano debe ser consciente de la ruptura radical que hay entre la vida presente y la futura, ya que la economía de la fe es sustituida por la de la plena luz: nosotros estaremos con Cristo y veremos a Dios; promesa y misterio admirables en los que consiste esencialmente nuestra esperanza. Si la imaginación no puede llegar allí, el corazón llega instintiva y profundamente.”

³⁸ Como un acto de procreación, o de la forma reduccionista que confunde el querer con el amor, entre otros.

pueden ser un ejemplo claro de esta condición, cuando se considera lo amado como un objeto.

“Se puede definir el amor como la virtud que capacita a la persona para buscar el bien para el otro como si fuera para ella misma: el amigo quiere el bien para el amigo igual que si fuese para él mismo.” (Sarmiento, Molina, & Trigo, 2013, págs. 349-350)

El amor de amistad del que hemos hablado conlleva efectivamente esta relación entre el que ama y los que es amado (amante-amado), cada uno siente en pertenencia al otro como si fueran una unidad y complemento, por eso se mueve a ella (*Suma Teológica*, II-II, q. 27, a. 2c). Por éste amor de amistad es que consideramos al amado como otro yo, en un acto de gratuidad total. Es propio del amor unir al amado con el amante, en tanto sea posible (*Suma Contra los Gentiles*, IV, 54).

El amor a uno mismo es importante y no se puede oponer al de amistad, es interesante esta expresión “no se puede dar lo que no se tiene”, si partimos de este punto, podemos comprender con mayor facilidad que, el amor que damos a otros es un vivo reflejo del que tenemos por nosotros mismo. El amor a uno mismo debe distinguirse radicalmente del egoísmo, ciertamente el amor propio quiere para sí mismo los bienes que atañen a su perfección, en este sentido se debe amar a sí mismo con un amor más fuerte que el amor de amistad, pues tiene consigo mismo algo superior a la unión entre personas: la unidad.

“la forma y la raíz del amor de amistad es el amor con el que la persona se ama a sí misma, ya que con los demás tenemos amistad en cuanto nos comportamos con ellos como con nosotros mismos.” (*Suma Teológica*, II-II, q. 25, a. 4c.)

Amando es como uno sale de uno mismo, es capaz de contemplar la naturaleza que le rodea, y no se queda auto-compadeciéndose o buscando una autosatisfacción egoísta; en estas relaciones debe haber un dar y recibir, el ser humano todo lo que es y tiene lo recibe gracias a alguien que lo ama antes de su existencia; prueba Dios su amor por nosotros porque siendo pecadores, Cristo murió por nosotros (Réplica a Juliano VI, 9)

“cuando la persona descubre que, sin merecerlo, es amada por otros y que gracias a ese amor es lo que es, se despierta el *agradecimiento*, que solo puede cumplirse correspondiendo con amor: nada mueve tanto al amor como saberse amado.” (Sarmiento, Molina, & Trigo, 2013, pág. 350)

El amor es como un círculo vicioso, con la diferencia de que este no es alienante, sino que es gratificante y edificante para las personas, el que ama y se entrega a Dios y a los demás, recibe el amor de Dios y de los demás como un don, de esta línea se desprende un concepto de justicia, ya que esta necesita del amor de amistad para encontrar la especificidad que le es propia, y también viceversa, el amor necesita de la justicia para poder actuar eficaz y justamente.

El amor se funda en la capacidad de abrirse a los demás, de acogerlos como son y reconocerlos como dignos de ser amados, por sí mismos y obviamente buscando la perfección de ellos como personas; de ahí que podamos distinguir tres tipos de relación de amor (amistad).

2.3.1 Amor del hombre con Dios.

Dios otorga el ser y es sostén de todo lo creado, por lo que siempre entrega el bien a toda la creación, cuanto más al hombre que fue creado a su imagen y semejanza (Gn. 1, 26-27), lo dota de numerables atributos, haciéndolo capaz de obrar en libertad, y eso es lo que busca Dios cuando entrega su amor, que el hombre lo ame libremente, por eso nos dice “ya no os llamaré siervos, sino amigos” (Jn 15, 15).

Y en su respuesta el hombre lo ama de una forma total “amaras al Señor tu Dios con todo el corazón y con toda tu alma...” (Mt 22, 37-38), este amor no puede ser de un siervo a su Señor, sino, como lo dije anteriormente de amigos y más profunda aun en una relación de filiación.

S. Pablo dirá “tanto si coméis, como si bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo toda para gloria de Dios” (1Co 10, 31), cualquier acto que sea propio del hombre debe ser para la gloria de Dios “que te alaben los pueblos, oh Dios, que todos los pueblos te alaben” (Sal 67, 4), esta es la respuesta a quien dio primero.

La amistad entre Dios y el hombre surge con la creación, es perdida con el pecado y es restaurado nuevamente con Cristo, “En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios: en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que recibiéramos por él la vida. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados. (1Jn 4, 9-10)

2.3.2 *Amor a los demás hombres.*

Dentro del amor de filiación que hay con Dios está implícito el amor de hermandad con los demás hombres, “un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también unos a otros” (Jn 13, 34-35); este nuevo mandato tiene su base en la vida de Cristo y en su amor por los hombres, un amor sin medida, universal y absoluto.

La virtud que se desarrolla aquí es la caridad, éste amor de caridad, es inclusivo, perfecciona, sana y eleva cualquier amor entre los hombres, no desprecia, no humilla, en otras palabras, este amor que es universal busca vencer el mal con abundancia de bien y cuyo máximo reflejo es el perdón a los enemigos.

En la vía del amor no puede haber contradicciones, parte de esto es la coherencia de vida, “si alguno dice: Amo a Dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1Jn 4, 20-21).

Para los creyentes, la muestra de amor de Dios a los hombres nunca termina, la Eucaristía, es el sacramento de unidad entre los hombres, ya que forman una comunidad, el Cuerpo Místico de Cristo, y de los hombres con Dios, por la presencia viva de Cristo en el corazón de los hombres que comen su cuerpo y beben su sangre.

“...tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: <<el pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan>>, dice S. Pablo (1Co 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo solo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él y, por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos, nos hacemos “un cuerpo”, aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí” (*Deus Caritas Est*, n.14)

2.3.3 *Amor a uno mismo.*

Estas otras relaciones son el reflejo del amor propio y esta a su vez es fruto de las otras dos, si no conozco lo que es el amor como podría afirmar que amo (sea a

alguien más o a mi propio yo), primero conozco el amor (me siento amado), luego me amo y lo exteriorizo con los demás.

En amarse uno mismo, se encuentra el autoconocimiento, de las fortalezas pero también de las debilidades que poseo, al reconocerlas en mí, puedo reconocerlas de algún modo en los demás, sin embargo en lugar de ser motivo de crítica, al reconocerlas primero en mí, es motivo de tolerancia, respeto y comprensión para con los demás.

Este amor que no es ególatra, potencia y preserva lo que es natural en mí y lo eleva a su perfección, de ahí que no sea propio el irrespeto al cuerpo (como el suicidio), lo que se procura es el ejercicio de las facultades que le son propias al hombre en su beneficio y en beneficio de los demás, en pocas palabras adquirir un sentido en la vida.

Así el amor se convierte en un factor común en cualquier relación y en cualquier acto que haya sobre este mundo, la ausencia de éste, como hemos podido comprobar a lo largo de la historia en pasajes oscuros de la misma, produce el odio y el rechazo total de la persona, la falta de comprensión y de tolerancia.

...la caridad, que es el amor de Dios, impera a todas las demás virtudes, y aunque sea una virtud específica atendiendo a su propio objeto, por el influjo de su imperio es común a todas las otras virtudes, por lo que se dice que es forma y madre de todas ellas³⁹ (*De malo*, q. 8, a. 2co.)

Un canto de la tradición cristiana reza lo siguiente “donde hay caridad y amor, ahí está el Señor”⁴⁰. estas dos nunca van separadas, a tal punto que se las ha llegado a equiparar (amor igual a caridad, o viceversa) y no es sin razón, S. Pablo dirá en su himno a la caridad y en pocas palabras si no tengo caridad nada soy:

“...y aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo para dejarme quemar, si no tengo caridad de nada me aprovecharía. La caridad es paciente, la caridad es amable; no es envidiosa, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra por la injusticia, se complace en la verdad; todo lo aguanta, todo lo cree,

³⁹ “Unde et caritas, quae est amor Dei, imperat omnibus aliis virtutibus; et sic quamvis sit specialis virtus si consideretur proprium obiectum, tamen secundum quamdam diffusionem sui imperii est communis omnibus virtutibus; unde dicitur forma et mater omnium virtutum” in <http://www.corpusthomicum.org/qdm08.html>

⁴⁰ Ubi caritas, et amor, ubi caritas, Deus ibi est.

todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca acaba... ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad: las tres virtudes. Pero de ellas la más grande es la caridad.” (1Co 13, 1-13)

Los conflictos son momentos en la vida personal y comunitaria que bien manejados, encarando el problema y buscando la mejor solución para las partes se soluciona las diferencias, y como consecuencia se estrechan las relaciones, pero para esto se debe tener en cuenta que la vida en comunidad requiere humildad, ya que el orgullo bloquea cualquier intento de estrechar relaciones, autenticidad, reciprocidad, compasión, misericordia, sinceridad, amabilidad, confidencialidad y frecuencia en el trato.

Forjar la vida en Cristo requiere sinceridad en el trato, es una relación personal entre Él y yo, cultivar la vida en Cristo requiere entrega, renuncia y disponibilidad, ejemplo de esto es el “Sí”⁴¹ de María en la anunciación (Lc 1, 26-38), o cuando relata la Sagrada Escritura la oración en el huerto de los olivos, “Padre que se haga tu voluntad y no la mía”⁴² (Mt 26, 36-42).

El amor por su parte pondrá más que un plus en el obrar humano, dará un sustento fuerte ante cualquier intento de relativizar el actuar del hombre, si se fundan en el amor es imposible que se quiera hacer el mal y evitar el bien.

⁴¹ *Fiat mihi secundum verbum tuum* / hágase en mí según tu palabra.

⁴² *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste; verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu* / Padre mío, si es posible. Aleja de mí este cáliz; pero que no sea tal como yo quiero, sino como quieres tú.

3 Acción Moral

Hay cristianos buenos y cristianos malos, hay musulmanes buenos y malos, hay judíos buenos y judíos malos, gente que vive sin religión y son éticos así como otros que no son éticos. Las instituciones civiles se ocupan prioritariamente de las cosas particulares que atañen a los individuos de cada una de sus sociedades, es decir, lo primero para el gobierno ecuatoriano son sus habitantes, antes que los habitantes de Colombia, ya que ellos son responsabilidad de su gobierno.

La alteración o tranquilidad de la que gozan los países puede verse afectada, en casos de peligro inminente, las decisiones pueden ser consideradas legítimas, valederas o buenas, pero no necesariamente justas, la vida humana no es algo que pueda tomarse a la ligera, ya que cada una de ellas fue comprada a un gran precio, con la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Debería procurarse que las leyes no afecten a la persona en su integridad, que no sean hechas para un grupo reducido de afortunados, sino en busca del bien común que es lo que atañe a los gobiernos.

Como vimos en los apartados anteriores, amor, caridad, justicia, son complementos de una sola estructura, que cualquier organismo que ostente el poder debería tener presente, tanto las leyes como la política no deben ser proyectadas a grupos sociales minoritarios o colectivos determinados por presiones de los mismos, sino que por el contrario deben buscar –y están bajo la obligación imperativa de hacerlo– el bien común de la sociedad, yendo a una escala mayor, los gobiernos deberían buscar no solo el beneficio de sus pueblos, sino el beneficio de toda la humanidad.

Al solo estar pendientes de las cosas particulares las instituciones humanas no son las más aptas a llevar este trabajo por si solas, sino que necesitan de otras que eleven el espíritu de los hombres, es aquí que la fe, manifestada en el hecho religioso tiene que responder a las aspiraciones de los pueblos; en el caso de la Iglesia Católica al no tener fronteras nacionales, al no identificarse con una solo nación, sino todo lo contrario ser universal, está en la capacidad de llegar a los lugares a los que los estados no pueden llegar, y lo hacen, dejando gran huella en aquellas tierras de misión.

Sin importar cuál fuese la manifestación religiosa a la que acudan los hombres, lo hacen en busca una guía, que pueda orientar el camino de su vida, todas las religiones, dirá

el Concilio Vaticano II, tiene en ellas algo de verdad –las semillas del verbo– (*Ad Gentes Divinitus*, n.11) / (*Lumen Gentium*, n.17); pero dentro de todas ellas, es la religión católica, es la que tiene toda la perfección.

La Iglesia Católica ante el mundo siempre ha manifestado los principios fundamentales que constituyen al hombre y que como tal deberían ser defendidos, ejemplos contemporáneos de eso, son la defensa de la vida (contra el aborto y eutanasia), la defensa de los derechos humanos –haciendo valedera la declaración hecha por la ONU sobre los mismos– porque esos derechos son propios de la persona, son inviolables, y están sobre las leyes particulares de cada nación, entre otras cosas, la Iglesia siempre ha levantado su voz ante las injusticias del mundo, cuando incluso otras instituciones –de carácter religioso o civil– no han dicho nada y han sido cómplices con su silencio criminal.

Con tanta nueva ideología pululando por el mundo, podemos afirmar sin lugar a duda que, el hombre vive una crisis existencial, ha perdido el norte; gran parte de la orientación –por no decir la mayoría– de los actos que realiza carecen de virtud alguna, y los pocos que si la tienen no tiene eco en la sociedad, en ningún estrato como deberían, irónicamente al parecer las cosas buenas tienen un rechazo intrínseco en ellas.

El lenguaje universal al que acudimos en momentos de gran dificultad es la paz, que equivocación más grande, ya que se hace referencia a un aspecto muy humano confundiéndola con tranquilidad e incluso con confort, entendida de ésta manera la paz es una zona de confort personal que me hace indiferente a la realidad de lo que me rodea. En éste caso a partir del valor más grande que es el amor podemos encontrar el verdadero significado de la paz, como un buscar el bien común, una relación de preocupación del hombre por el hombre.

Haciendo referencia al título de este trabajo, la fe se concreta en una religión determinada, en una cultura concreta, en nuestro caso la fe cristiana cuya concreción es en la Iglesia Católica, ésta siempre ha estado presente en los momentos de la vida del hombre, y lo ha acompañado en los momentos más felices y tristes, es decir, en el bautismo (nacimiento a la fe y a la vida en el mundo), en la unión esponsal, en la formación intelectual, y en la muerte.

La Iglesia Católica al igual que Dios, no se ha despreocupado de la creación y de la conservación de ésta, desde las diferentes opciones de vida (laical, religiosa o sacerdotal)

intenta llegar a todos los estratos de la sociedad, integrándolos, los laicos santificado a la sociedad con su trabajo en el mundo y los sacerdotes desde la vida consagrada al servicio de Dios y de los hombres. Como concreción de la obra de la Iglesia en el mundo podemos destacar tres campos en los que se ha desenvuelto de manera práctica en la consecución de un mundo más humano.

3.1 Madre y Maestra.

La Iglesia desde siempre se ha preocupado por la educación y formación de sus pastores, y de los hombres, ha sido quien siempre ha promulgado la dignidad de éste y la ha defendido, porque ha visto en cada uno de ellos el rostro de su Señor.

En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella, y al mismo tiempo, en Cristo y por Cristo, el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia (*Redemptor Hominis*, n.11).

No se preocupa sólo de la parte espiritual –necesarios para la salvación–, sino que como ya se dijo anteriormente, contempla la totalidad del hombre, en otras palabras también intenta procurar los bienes materiales a ejemplo de su Maestro, quien–como relata la escritura en la segunda multiplicación de los panes– conmovido dirá “me da mucha pena la muchedumbre, porque ya llevan tres días conmigo y no tiene que comer; y si los despido en ayunas a sus casas desfallecerán en el camino, porque algunos han venido desde lejos” (Mc 8, 2)

La vida de acción de la Iglesia es muy amplia y hoy por hoy está abierta en muchos frentes en todo el mundo (educación, salud, derecho, economía, familia), pero siempre en función del beneficio de todo hombre, dejando de lado las perspectivas materialistas que puedan influenciar el desarrollo de estos, es decir, de materializar o de instrumentalizar al hombre en busca de un beneficio, cualquiera que éste sea. Como maestra no se cansa de proclamar la norma moral cuya fuente es Cristo y cuya imagen se refleja en la naturaleza y en la dignidad de la persona (*Familiaris consortio*, n.33)

Siempre estará llamando la atención a los estados –cuyo fin debería ser promover el bien común– y no el de grandes o pequeñas empresas (grupos sociales, etc.) que buscan el beneficio propio sin importar dañar a otros o la casa común del hombre; el estado –como dirá S. Tomás– debe preocuparse de proveer los bienes materiales necesarios para el

ejercicio de la virtud⁴³ (*Mater et Magistra*, n.20), además de velar de que no se violen los derechos de todos sus ciudadanos, sobre todo de aquellos –como lo dice la Iglesia– que están más expuestos, los más débiles (mujeres, niños, ancianos).

El cambio de mentalidad de los últimos siglos, propuesto primero por un modernismo inhumano –donde la técnica está sobre el hombre–, por un relativismo agresivo y reaccionario al hecho religiosos –que busca la satisfacción personal a toda costa y olvidándose de la trascendencia del hombre–, ha supuesto un reto a la Iglesia, que ha intentado dar respuesta a éstas de manera adecuada para que no se menoscabe la integridad de la persona. Tal ha sido su influjo que incluso hoy a pesar del rechazo que se pueda dar entorno a lo religioso, se la ha buscado como mediadora.

En medio de tan enorme desacuerdo, puesto que las discusiones no se desarrollaban siempre pacíficamente, como ocurre con frecuencia en otros asuntos, los ojos de todos se volvían a la Cátedra de Pedro, a este sagrado depósito de toda verdad, del que emanan palabras de salvación para todo el orbe, y, afluyendo con insólita frecuencia a los pies del Vicario de Cristo en la tierra, no sólo los peritos en materia social y los patronos, sino incluso los mismos obreros, las voces de todos se confundían en la demanda de que se les indica, finalmente, el camino seguro. (*Quadragesimo Anno*, n.7)

Por lo que la Iglesia debe mantener un diálogo constante con los estados, con cada cultura en donde se hace presente, dirigiendo cartas sobre el poder político, sobre la libertad humana, que estimamos oportunas para refutar los sofismas de algunas opiniones (*Rerum Novarum*, n.1), la Iglesia como madre, enseñará con amor benevolente el camino correcto a ejemplo de su maestro que dijo, Yo soy la verdad, el camino y la vida (Jn 14, 6), camino que deben tomar los estados con la búsqueda de una sociedad justa, que tiene en cuenta las necesidades de la persona, en búsqueda del bien común.

Las necesidades de cada hombre se repiten de una manera constante; de modo que, satisfechas hoy, exigen nuevas cosas para mañana. Por tanto, la naturaleza tiene que haber dotado al hombre de algo estable y perpetuamente duradero, de que pueda esperar la continuidad del socorro. Ahora bien: esta continuidad no puede garantizarla más que la tierra con su fertilidad. (*Rerum Novarum*, n.5)

Hoy por hoy las naciones en su deseo de obtener más riquezas y el hombre en su afán de poseerlas, se han olvidado de algo importante, del cuidado de la naturaleza, –como lo dice la *Rerum Novarum*– de la cual obtiene los recursos para su existencia. El hombre

⁴³ Cfr. Tomas de Aquino, *De regimine principum*, I, 15.

puesto en el centro del mundo da prioridad a su conveniencia y todo lo demás se convierte en relativo –relativismo práctico– (*Laudato Si*, n.122), es decir que, todo lo que no sirve a su propósito inmediato deja de tener valor posible, sea un contingente humano o perteneciente a la naturaleza, consecuencia de esto está la prostitución infantil, trata de personas, discriminación, olvido de los ancianos, el aborto, la eutanasia, la sobre explotación de recursos, contaminación ambiental.

Ante el mundo y en consonancia con su propio espíritu, proclamará la inviolabilidad de los derechos humanos, sin importan la situación concreta de cada nación, porque ante la cultura de la muerte, se debe imponer la cultura de la vida, y los derechos del hombre forman parte esencial de la construcción de esta cultura, cuyo irrespeto produce desequilibrios.

No sería verdaderamente digno del hombre un tipo de desarrollo que no respetara y promoviera los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos (*Sollicitudo Rei Socialis*, n.33)

La Iglesia lleva su mensaje –el mismo que el de su Maestro– a todos los hombres de buena voluntad (Lc 2, 14), sean creyentes o no creyentes, porque el hombre es camino de la Iglesias sin excepción alguna (*Redemptor Hominis*, n.14) cuando busca un mundo más justo, porque ante sus ojos, los del Creador, todos poseen la misma dignidad, sean rico o pobres porque fueron hecho por Él (Pr 22, 2).

La instauración del Reino de Dios en la tierra es una luchas constante contra los avatares del tiempo y de las nuevas ideologías que se van imponiendo consecutivamente conforme va evolucionando la ciencia y la técnica, esta lucha es de todos y para todos, y es así que la Iglesia durante el último Concilio Ecuménico ha buscado hacerse más cercana al hombre, haciéndolo un ente más activo dentro de la vida eclesial

El concilio ha enviado al mundo contemporáneo en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores, en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza: sus valores no solo han sido respetados sino honrados, sostenidos y bendecidas...otra cosa debemos destacar aún: toda esta riqueza doctrinal se vuelve en una única dirección servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades. ([Alocución en la última sesión pública, 7 de diciembre de 1965] *Misericordiae Vultus*, n.4)

3.2 Sujetos de acción (el laico, el religioso, sacerdotes, todos) en busca del bien común.

Recordemos que todo hombre debe ser tratado (amado) respetando y promoviendo su fin último. La Iglesia es un ente articulado que tiene muchos cuerpos con los cuales trabaja y se relaciona con las diversas esferas del mundo y también internamente consigo misma, –no me voy a referir a la estructura jerárquica, que es ya bien conocida– pero por mencionar los diferentes órganos con los que actúa la Iglesia:

- Secretaría de estado
- Congregaciones (doctrina de la fe, culto divino, educación católica, institutos de vida consagrada, entre otros).
- Consejos pontificios (laicos, justicia y paz, dialogo interreligioso, cultura, comunicaciones sociales)
- Comisiones y comités (Ecclesia Dei, ciencias históricas, Comisión Bíblica Internacional, Comisión Teológica Internacional, etc.)
- Tribunales (penitenciaria apostólica, rota romana, signatura apostólica)
- Instituciones vinculadas a la Santa Sede (archivo secreto vaticano, academia de ciencias, ciencias sociales, academia para la vida, radio vaticana, editorial Vaticana, L'Osservatore Romano)

Estos son las entidades con las que la Iglesia regula su vida y sus relaciones con el mundo, pero los sujetos de acción –que vendrían a ser los que las vinculan con el mundo– son sujetos concretos que han decidido formar parte de la familia cristiana y que desde su condición ayudan a la edificación del mundo, siendo ejemplos de vida y haciendo presente a Cristo en el mundo.

El sacerdote consagrado, se dedica al cuidado de la grey a él confiada, en las distintas jurisdicciones territoriales (vicariatos, parroquias, cuasi parroquias, diócesis, arquidiócesis) según su condición, ya que pueden ser presbíteros u obispos; de ellos depende la formación de los laicos en materia de fe – sobre todo porque de ellos saldrán los futuros pastores de la Iglesia–, dedicados a la cura de almas por medio de la administración de los sacramentos y por medio de la prédica a la formación doctrinal de los fieles.

En las parroquias son los encargados de fomentar la participación de los laicos en las diferentes actividades en las que puedan colaborar –respetando las disposiciones y normativas de la Iglesia y el rol que cada uno desempeña según su condición–, en este espacio de encuentro con Dios, se puede dar formación constante a los laicos, como por ejemplo, en Biblia, en moral, en teología; pero también es un lugar de encuentro para los más jóvenes –los grupos juveniles– pueden ser el lugar perfecto para la concreción de planes de vida que ayuden a orientar a aquellos que están empezando a vivir.

Los presbíteros, por tanto, deben presidir de forma que, buscando, no sus intereses, sino los de Jesucristo, trabajen juntamente con los fieles seculares y se porten entre ellos a imitación del Maestro, que entre los hombres "no vino a ser servido, sino a servir, y dar su vida en redención de muchos" (Mt., 20, 28). Reconozcan y promuevan sinceramente los presbíteros la dignidad de los seculares y la suya propia, y el papel que desempeñan los seculares en la misión de la Iglesia. Respeten asimismo cuidadosamente la justa libertad que todos tienen en la ciudad terrestre. Escuchen con gusto a los seculares, considerando fraternalmente sus deseos y aceptando su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, a fin de poder reconocer juntamente con ellos los signos de los tiempos. (*Presbyterorum Ordinis*, n.9)

El Concilio Vaticano II marcó una nueva era en la vida de la Iglesia, por la presencia activa del laicado, que hasta ese entonces era relegado casi del todo y era urgente tratar de incorporarlos a la vida de fe, ya que al estar inmersos más en el mundo –que los religiosos– han sido los primeros en sufrir los embates desastrosos de todas estas teorías –a lo largo de este trabajo mencionadas–.

Recuerda constantemente la vocación del laicado y que participan de la misión de Jesucristo (sacerdotal, profético y real) (*Apostolicam Actuositatem*, n.2), estos al estar en mayor contacto con las realidades del mundo son los primeros agentes de evangelización y de transmisión del mensaje cristiano, que se basa en la caridad.

Los laicos al ser la parte más visible de la Iglesia, al hacer vida su fe, se convierten en escuelas vivas de formación para otros– laicos, no creyentes, etc. –, son los catequistas del mundo, y para ello deben ser formados correctamente por los pastores –estos están en constante necesidad mutua, si no hubiera fieles no hubiese la necesidad de pastores o viceversa–, con los que también colabora estrechamente (*Redemptor Hominis*, n.5).

Vivan preocupados por las necesidades del Pueblo de Dios, disperso en toda la tierra. Hagan sobre todo labor misionera, presentando auxilios materiales e incluso personales. Es, pues, obligación honrosa de los cristianos devolver a Dios parte de los bienes que de Él reciben (*Apostolicam Actuositatem*, n.10)

Por su vínculo más estrecho con la sociedad civil, su campo de acción será el escenario del mundo (Scola, 1987), por lo que éste actuar –sin desviarnos del campo central de este trabajo– es la vivencia de la fe, la santificación de todas las realidades terrenas sobre todo la transmisión de aquel valor que es indispensable para el obrar cristiano como es el amor o la caridad; el Concilio Vaticano ha distinguido cuatro campos de acción, a saber:

- La familia: núcleo de la sociedad, cooperadores y testigos de la fe, que se convierten en fermento y sal del mundo y reflejo del amor de Dios a los hombres. Son las primeras escuelas de vida, tanto en el aspecto humano como en el espiritual, para su prole; deben cultivar todas las virtudes sobre todo la de la caridad en aquellas nuevas generaciones de cristianos.

En cuanto a su unidad deben ser un ejemplo ante el estado y el resto de la sociedad del verdadero significado de la familia, de su indisolubilidad y del derecho que tiene a la educación de sus hijos según los preceptos de su fe, fortalecer las prácticas de la hospitalidad, la justicia y demás obras que sirvan a la edificación del mundo y el crecimiento de todos los hombres.

En regiones donde se está implantando por primera vez la fe, la presencia de la familia cristiana es importante, porque son ejemplo vivo de la fe profesada y eso puede impulsar a que otros vean en ellos el testimonio preciosísimo de Cristo (*Apostolicam Actuositatem*, n.11).

- Los jóvenes: la sociedad actual los considera como un colectivo en riesgo, por la fragilidad de conciencia y lo influenciables que son y por estar más expuestos a los cambios sociales que los embisten por todos lados; la Iglesia debe trabajar con ellos y por ellos.

Los jóvenes que han sido bien formados son vehículos excelentes de evangelización, hoy por hoy ellos no sienten las fronteras y tienen aspiraciones grandes para su vida; ante otros ellos pueden ser ejemplo de virtud, líderes que puedan llevar ordenadamente a otros a conseguir un propósito, con su obrar pueden llevar el mensaje cristiano a sus mismo compañeros sin que estos lleguen a pensar de que son cosas de mayores o que ya están pasadas de moda, es más fácil que atraigan a otros jóvenes.

Sus campos de acción sobre todo están en los voluntariados de las universidades o colegios, en la pastoral juvenil en las parroquias y en cada uno de los actos eclesiales en los que se les pueda incorporar.

- El ámbito social: es un reto para cualquier cristiano poder llevar una vida coherente, entre su fe y la vida ordinaria, la sociedad mismo presiona que todo aspecto religioso o de fe sea considerado más un aspecto privado y no público –ejemplo de esto son las leyes anti religiosas implantadas en Europa, sin embargo no se pueden olvidar de llamado que tienen de santificar las realidades terrenas.

Cada trabajo que desempeñen tiene que ser ejemplo ante otros de la presencia constante de Cristo en sus vidas y eso se logra con la vivencia constante de la vida sacramental; ellos deben ser los primeros en apaciguar los ánimos, en promover la cordialidad, la honestidad, la humildad.

En ámbito social es tan amplio, que la Iglesia también ha hecho mano de las nuevas tecnologías para hacerse escuchar en el mundo, así tenemos cadenas de televisión, radio, prensa, editoriales, redes sociales; que la mayoría están llevados por los laicos y por religiosos –según su espíritu de fundación– como gente comprometida con la causa del evangelio.

- Orden nacional e internacional: sobre todo este aspecto es propio del laicado, ya que se refiere más al aspecto político –que por obvias razones un clérigo no podría ejercer–. Los laicos, están llamados a ocupar dichos cargos públicos y por medio de ellos, con la recta intención que propone la fe que deben vivir, y en conjunto con las otras autoridades civiles deben buscar el bien común.

El cristiano con más sentido de las necesidades espirituales del mundo y del correcto obrar de la persona, debe fomentar la implementación de leyes que ayuden a promover la cultura de la vida, la honradez, y contrarrestar cualquier ley que esté en contra del dignidad de la persona.

En el aspecto internacional la colaboración permanente con las naciones que están en vías de desarrollo, demostrando la fraternidad entre todos los hombres, en constante diálogo para la formación de un mundo más justo.

No podemos afirmar que los cristianos son los únicos que luchan por un mundo mejor, de hecho es un anhelo de todo el hombre, que busca la justicia, la paz⁴⁴, la hermandad entre iguales sin importar su cultura o religión. En ellos debe haber –aunque sin darse cuenta– el impulso que mueve a los cristianos a obrar correctamente (*Caritas in Veritate*, n.57).

Los hombres de buena voluntad (Lc 2, 14) llamados así por la escritura, o cristianos anónimos –denominados así por el teólogo Karl Rahner– no están contra nosotros, sino que con nosotros (Mt 12, 30), viven el proyecto de vida revelado en Cristo, aún sin ser conscientes de ello (Martínez Díez, 1997, pág. 259). Al igual que los cristianos luchan constantemente por la obtención de un mundo más justo y más humano, pero corren el riesgo de irse a extremos en posiciones ideológicas en lugar de buscar un justo medio, de ahí la importancia del diálogo con los cristianos, para intentar poner en su cauce todo y que realmente sea en beneficio de todos los hombres.

En cualquier campo de la vida, personal, familiar, social y política, la moral ofrece un servicio original insustituible y de enorme valor no sólo para cada persona y para su crecimiento en el bien, sino también para la sociedad y su verdadero desarrollo. (*Veritas Splendor*, n.101). Dirá S. Agustín que ningún paso es más seguro hacia el amor de Dios, cuanto el amor del hombre hacia el hombre (*De moribus*, I, 26, 48) y la iniquidad no consiste en apetecer una cosa mala, sino en renunciar a una mejor (*De natura boni* XXXIV y XXXVI).

Todas estas esferas en conjunto intervienen en la consecución del bien común, ya que no les es ajeno esa realidad, la ayuda entre los hombres permite que cada uno de ellos pueda vivir una vida mucho mejor que cualquier otra de las que podría vivir si contase únicamente con la propia actividad, sin establecer ningún tipo de colaboración con sus

⁴⁴ La paz se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre, mientras la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo aún más graves violaciones de los mismos. Si los derechos humanos son violados en tiempo de paz, esto es particularmente doloroso y, desde el punto de vista del progreso, representa un fenómeno incomprensible de la lucha contra el hombre, que no puede concordarse de ningún modo con cualquier programa que se defina «humanístico». Y ¿qué tipo de programa social, económico, político, cultural podría renunciar a esta definición? Nutrimos la profunda convicción de que no hay en el mundo ningún programa en el que, incluso sobre la plataforma de ideologías opuestas acerca de la concepción del mundo, no se ponga siempre en primer plano al hombre. (*Redemptor Hominis*, n.17)

congéneres (Chalmeta, 2007) –ahí la importancia de las relaciones mencionadas anteriormente–.

Una sociedad que, en todos sus niveles, quiere positivamente estar al servicio del ser humano es aquella que se propone como meta prioritaria el bien común, en cuanto bien de todos los hombres y de todo el hombre. La persona no puede encontrar realización sólo en sí misma, es decir, prescindir de su ser <con> y <para> los demás (*Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, n. 165)

De la dignidad, unidad e igualdad de todas las personas deriva el principio del bien común (*Compendio Doctrina Social de la Iglesia*, n.164), es decir, la vida social debe brindar las condiciones necesarias para que cada uno de los que la conforman puedan alcanzar su propia perfección, sin embargo debemos dejar claro que el bien común no es la suma de los bienes individuales, sino que es la dimensión social y comunitaria del bien moral manifestado en el verdadero amor de hermanos.

Las exigencias del bien común derivan de las condiciones sociales de cada época y están estrechamente vinculadas al respeto y a la promoción integral de la persona y de sus derechos fundamentales. Tales exigencias atañen, ante todo, al compromiso por la paz, a la correcta organización de los poderes del estado, a un sólido ordenamiento jurídico, a la salvaguardia del ambiente, a la prestación de los servicios esenciales para las personas. (*Compendio Doctrina Social de la Iglesia*, n.166)

Como la Iglesia forma parte del mundo y el bien común es deber de todos los que conforman la sociedad, ninguno está exento de colaborar según sus propias capacidades en su consecución y desarrollo (*Catecismo*, n.1913), además todos tienen derecho a gozar de las condiciones de vida social que resulten de la búsqueda del bien común (*Compendio Doctrina Social de la Iglesia*, n.167).

3.3 Civilización del amor, ciudadano del amor.

Así se define todo el obrar práctico que tiene la Iglesia en el mundo, a lo largo de su historia las obras de caridad han sido algo que le ha preocupado, tal es así que en sus orígenes se forma un grupo de diáconos (Hch 6, 1-7) destinados a la ayuda de las viudas, ancianos, de los pobres, en resumen a los más necesitados; los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno (Hch 2, 44-45)

Solo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. (Deus Caritas Est, n.18)

Tanta era pues la fuerza que tenía esta actividad que a cualquier cristiano se lo reconocía fácilmente, y era un distintivo de la vida eclesial, ya que ni siquiera el imperio era capaz de hacerlo, era tan efectivo éste sistema de la caridad que incluso los paganos lo implementaron en sus ciudades⁴⁵, conscientes de la fuerza renovadora del cristianismo en sus relaciones con la cultura y la realidad social (*Compendio Doctrina Social de la Iglesia* n.521).

Todo este obrar está bañado en valores –por eso era digno de seguir–, tiene un contenido ético-moral basado en un solo principio fundamental el amor, el amor al hombre, a todo lo que es y significa; éste servicio está dirigido a todos (individuo, comunidad y sociedad en general) por eso se propone a éste valor como centro neurálgico, es por eso que el verdadero amor cristiano no es relativo ni egoísta, se da completamente al otro sin miramientos.

Para la Iglesia la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia (*Deus Caritas Est*, n.25), es lo que la diferencia de cualquier ONG asistencialista –que mira a satisfacer las necesidades de manera temporal y escoge al grupo social al que va destinada la ayuda–, aunque viva y actúe en la misma historia, interactuando en la sociedad y con la cultura de su tiempo contribuyendo con la fe para que la sociedad pueda abrirse al amor de Dios que es la verdadera liberación (*Redemptoris Missio*, n.11).

El amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales de los hombres. (*Deus Caritas Est*, n. 19), el sentido de la vida que el cristiano encuentra en la ayuda a los demás es para su propio beneficio y provecho; a diferencia de una vida egoísta, egocéntrica, fruto del relativismo imperante, donde el hombre se pierde totalmente y se funde en un sin sentido, el cristianismo promueve la identidad integral del hombre, de la cual brota la propuesta de grandes valores para una convivencia social ordenada –verdad, justicia, amor, libertad, paz– (*Pacem in Terris*, n.163) .

La caridad cristiana no solo vivifica la Iglesia, sino que el mundo entero se ve en vuelto en esa acción, aunque sea de manera pasiva, reciben el fruto del amor de Dios

⁴⁵ Cfr. Juliano el apóstata en *Deus Caritas Est* n.23

encarnado en sus hermanos, es decir que, la iglesia los acompaña en sus dolores y sufrimientos y en los gozos y esperanzas.

El mensaje cristiano responde a los nuevos cuestionamientos sobre el sentido de la vida que el hombre y la sociedad contemporánea se plantea, porque aunque sea de manera confusa el hombre pretende saber qué sentido de su vida, su acción y de su muerte (*Gaudium et Spes*, n.41), porque estas parecen estar confiadas al desarrollo científico y tecnológico.

Ante estos cuestionamientos, la Iglesia responde con el mensaje evangélico, el mensaje de Cristo que ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y de justicia, a partir ya de esta vida (*Redemptoris Missio*, 59), porque sólo Dios responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano el cual nunca se sacia plenamente con solo los alimentos terrenos (*Gaudium et Spes*, 41).

Su vida moral posee el valor de un culto espiritual que nace y se alimenta de aquella inagotable fuente de santidad y glorificación de Dios que son los sacramentos, especialmente la Eucaristía; en efecto, participando en el sacrificio de la Cruz, el cristiano comulga con el amor de donación de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida. (*Veritas Splendor*, n.107)

Para empezar a edificar esta civilización basada en el amor, debemos poner sus bases en la roca firme que es Cristo (Mt 7, 26), la fe tiene que estar en Cristo, porque ilumina los principios morales en los que se apoyan el orden interno y externo de la vida privada y pública, y también la prosperidad de los estados (*Summi Pontificatus*, n.25).

La dimensión teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana. Lo cual es válido —hay que subrayarlo— tanto para la solución «atea», que priva al hombre de una parte esencial, la espiritual, como para las soluciones permisivas o consumísticas, las cuales con diversos pretextos tratan de convencerlo de su independencia de toda ley y de Dios mismo, encerrándolo en un egoísmo que termina por perjudicarlo a él y a los demás (*Centesimus Annus*, n.55).

Ante estas banas aspiraciones de que fuera de este contexto aparecerá alguna fórmula mágica que logre resolver estos desafíos, no la hay, la Tradición el Evangelio, le dan un nombre, Jesucristo, a quien hay que conocer, amar e imitar, en Él se centra toda la

salvación del hombre con la que viene la transformación de la historia hasta su perfección en el Reino de Dios (*Novo Millennio Ineunte*, n.29).

Dios nunca abandona a su creación, –yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28, 20)–, ésta esperanza de acompañamiento ofrece la certeza de superar el mal y de alcanzar el bien, porque hemos sido comprados a un caro precio (1Cor 6, 20) y porque –como ya se mencionó anteriormente– el hombre es imagen de Dios (Gn 1, 26-27) es capaz de hacer cosas buenas.

Este hacer cosas buenas implica una vinculación con la sociedad, la esperanza cristiana se desarrolla en la sociedad del mundo generando un compromiso de construir un mundo mejor. Todos aquellos que forman el Cuerpo Místico de Cristo, deben manifestar externamente la esperanza que habita en el interior de sus almas, utilizando los medios humanos tales como el trabajo, la familia, estudio, la política, fortaleciendo así la presencia ontológica de la bondad existente en él. Puede ser que las motivaciones religiosas – manifestadas en este compromiso– no sean compartidas, pero las convicciones morales derivadas de éste, pueden constituir un punto de encuentro y de diálogo entre los cristianos y los hombres de buena voluntad (*Compendio Doctrina Social de la Iglesia*, n.579)

Ante el relativismo presente en las sociedades, la doctrina de la Iglesia va a proponer valores sólidos que ayuden a la construcción de una sociedad digna de la vida humana, es decir que, tanto el amor como la solidaridad estén presentes en la organización de las estructuras sociales, porque el comportamiento de la persona se hace más humano cuando nace de éste, lo manifiesta y lo ordena.

El amor como concreción del mensaje cristiano, atañe a cualquier estrato social, porque no es indiferente al hombre, todo lo contrario, el amor cristiano los involucra, abandona el egoísmo y el individualismo, empezando a reconocer una realidad más efectiva que solo la de posesión de bienes materiales, facilitando la capacidad de entrega – auto donación– porque quien intente guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará (Lc 17, 33).

El cristiano sabe que el amor es el motivo por el cual Dios entra en relación con el hombre. Es también el amor lo que él espera como respuesta del hombre. Por eso el amor es la forma más alta y más noble de relación de los seres humanos entre sí. El amor debe animar, pues, todos los ámbitos de la vida humana, extendiéndose igualmente al orden internacional. Sólo una humanidad en la que

reine la civilización del amor podrá gozar de una paz auténtica y duradera (*Compendio Doctrina Social de la Iglesia*, n.582).

La caridad representa el mayor mandamiento social porque respeta al otro, exige la práctica de la justicia y es la única que nos hace capaces de ésta (*Catecismo*, n.1889), por lo tanto la práctica de la donación está implícita. Pero el amor no se agota horizontalmente –en las relaciones humanas y sociales– sino que tiene una vertiente vertical de la cual proviene todo, Dios.

La Iglesia enseña un saber teórico y práctico que sostiene el compromiso de transformación de la vida social, para hacerla cada vez más conforme al diseño divino (*Compendio Doctrina Social de la Iglesia*, n.530)

CONCLUSIONES

El hombre en su búsqueda constante del sentido de su vida⁴⁶, ha transitado por caminos que ayuden a explicar su comportamiento respecto a su entorno, consigo mismo y con otros hombres, pero muchas de ellas lo único que han hecho es justificar su comportamiento más no mostrarle el camino verdadero a seguir ya que han velado el conocimiento de éste. Sin embargo mientras unos hombres se estancaban en este conformismo, otros se esforzaban en descubrir éste camino de verdad, el cual les impulsaba a conocer su misma naturaleza y a dar el primer paso hacia su propia plenitud. Éste proceso es evidente en muchos períodos de nuestra historia, pero sobre todo se hace más presente en la historia personal de cada hombre.

El hombre nunca acaba de conocerse y siempre se sorprende así mismo, el desarrollo tecnológico que vivimos hoy es un claro ejemplo de lo que la grandeza del hombre es capaz de alcanzar, ningún ser sobre la tierra ha sido capaz de igualarle, sin embargo el enfoque que ha dado a todo éste no siempre ha resultado bueno para el desarrollo de sí mismo en la tierra.

Como se mencionó, el co-principio constitutivo del hombre ha demostrado que es más que solo materia o corporeidad, que la necesita para conocer pero que no lo es todo, el alma centro de facultades espirituales del hombre le otorga rasgos distintivos propios de su naturaleza que le hacen comprender que está llamado a ser algo más. La inteligencia presente en éste (como reflejo de la inteligencia divina) es transmitida al hombre para la dirección de sus propios asuntos (*Suma Teológica*, I-II, q. 91, a. 2c). Es así que el asunto sumo se convierte en el fin último (bien común), porque desean alcanzar su propia perfección, y esto es lo esencial para ello. Bien y mal no son nociones abstractas, sino determinaciones concretas de cosas reales, de hombres individuales y del ser moral del hombre (Varios Autores, 1972, pág. 104).

El hecho religioso aparece como fruto de éste principio espiritual, la necesidad de trascendencia del hombre le obliga a buscar un principio eterno que de sostén a todo lo que existe. El cristianismo marcará la diferencia de todas las religiones arcaicas hechas a

⁴⁶ Esta verdad no puede ser entendida como una idea abstracta que trasciende las capacidades del hombre, sino más bien debe ser vista como la vida misma de éste, es una opción de seguimiento radical de Cristo.

medida del hombre, aquí es Dios quien sale a su encuentro⁴⁷, presentándole un camino recto a seguir en pos de la consecución de la plenitud, Cristo es ese camino a seguir. Y la propuesta novedosa del amor como principio fundamental del obrar humano, es esta la que guiará la recta consecución de los bienes personales y comunes, porque el amor cristiano consiste en un acto de entrega y de donación a otro dejando de lado el egoísmo, el egocentrismo que había surgido de un humanismo que es contrario a la dignidad humana (*Catecismo*, n.2418).

Es así que en éste camino la fe representa un baluarte en el correcto obrar del hombre, presentando un verdadero humanismo, porque Cristo verdadero Hombre muestra lo que es el hombre al hombre (*Gaudium et Spes*, n.22), la fe propone al hombre un nuevo sentido de vida, marcado por la presencia de Cristo en ésta, la respuesta del hombre a esto debe ser un “Sí”⁴⁸ absoluto, para que exista la reciprocidad y así quede totalmente desvelado el misterio del hombre, el trato de amistad y ya no de servidumbre (Jn 15, 15) propuesto por la misma divinidad radicaliza más la diferenciación del cristianismo, Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno (*Centesimus Annus*, n.31).

El tiempo nos une a otras personas pues no tenemos un ser ni una inteligencia que esté separado de la condición temporal a la que pertenecemos, por lo que bajo ningún concepto podemos ignorar las relaciones con otros, y que ambos afrontamos las presiones y enigmas de nuestro momento histórico (Varios Autores, 1972, pág. 93).

La presencia del cristiano en el mundo colabora con la recta edificación del mismo, ya que no se reduce a una mera presencia dentro de los muros de una institución, sino que como parte constitutiva suya están presentes activamente en todos los estratos de la sociedad ya que somos portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras (*Documento Conclusivo Aparecida*, n.30). Nadie puede permanecer ajeno a su propia realización, pero tampoco puede descuidar la realización de otros, ya que el hombre

⁴⁷ Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre (*Denzinger*, n.150). El verbo se encarnó para redimir nuestra naturaleza caída y reconciliarnos con Dios “El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo” (1Jn 4, 10), modelo para nuestra santidad “aprended de mí” (Mt 11, 29) “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6) y norma de ley moral “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15, 12) y éste amor tiene como consecuencia la entrega efectiva de sí mismo.

⁴⁸ Éste sí como respuesta definitiva siguiendo el ejemplo de Nuestra Madre la Virgen María <<Fiat>> para que se cumpla la voluntad de Dios en la vida del hombre.

es un ser social por naturaleza y para alcanzar su perfección necesita de otros, sobre todo de Dios.

Toda la estructura eclesial tanto interna como externa está enfocada en la consecución de un mundo más justo, más humano, propio de la dignidad de quien ha sido creado a Imagen y Semejanza de Dios por ello la comunidad humana camina toda ella a la consecución de éste fin que es intrínseco y de este modo la Iglesia acompaña en las tristezas, angustias, en los gozos y esperanzas del hombre (*Gaudium et Spes*, n.1), es un espacio comunitario para formarse en la fe y crecer comunitariamente (*Documento Conclusivo Aparecida*, n.304) hasta su ulterior perfeccionamiento y la culminación de todo su obrar.

Teniendo un lugar privilegiado la educación (de las emociones, del conocimiento) como un aspecto de suma importancia, así el hombre se reconoce y conoce su realidad y la realidad de otros que lo rodean.

La educación de las emociones es una tarea no solamente para quienes desean convertir la vida del hombre en algo más armoniosos, sino también para los que están interesados en que la realidad plena del don de Dios en Cristo brille y lleve fruto en sus vidas de hombres (Varios Autores, 1972, pág. 126).

La cultura contemporánea de alguna manera también refleja este drama en sus múltiples manifestaciones artísticas, ya sea en la música, en la pintura, en la escultura, pero sobre todo en la pantalla (cine, televisión), por eso también es importante de que en estos medios se transmita un mensaje claro sin distorsión como suele ocurrir, presentando una vida disoluta como la mejor manera de vivir.

Es dentro de la comunidad humana el hombre se desarrolla y tiene el firme compromiso de asumir su misión cara al seguimiento de Cristo para mejorar la condición humana, con la mirada siempre puesta en aquel que amó primero.

BIBLIOGRAFÍA

- Amato, A. (2009). *Jesús el Señor* (Segunda ed.). Madrid: BAC.
- Ángel Luis González (ed.). (2010). *Diccionario de Filosofía*. Pamplona: EUNSA.
- Aristóteles. (1946). *Ética a Nicómaco* (Segunda ed.). (P. de Azcárate, Trad.) Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Aristóteles. (1981). *Política* (Segunda ed.). (C. García Gual, & A. Pérez García, Edits.) Madrid: Editora Nacional.
- Artigas, M., & Turbón, D. (2007). *Origen del hombre*. Pamplona: EUSNA.
- Ayllon, J. R. (2001). *En Torno al Hombre*. Madrid: Rialp, S. A.
- Benedicto XVI. (2006). *Deus Caritas Est*.
- Benedicto XVI. (2009). *Caritas In Veritate*.
- Campos Mariscal, C. (2008). *Ética y Religión, propuestas para una relación saludable*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Catecismo de la Iglesia Católica. (1993).
- Chalmeta, G. (2007). *Ética Social* (Tercera ed.). Pamplona: EUNSA.
- Cicerón. (2008). *Disputas Tusculanas* (Segunda ed.). (J. P. Álvarez, Ed.) México D.F.: Universidad Nacional de México.
- Daniélou, J. (2006). *Los orígenes del cristianismo latino*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Denzinger, H., & Hünermann, P. (1999). *Enchiridion Symbolorum Definitionum et Declarationum de Rebus Fidei et Morum* (Primera ed.). Barcelona: Herder.
- Documentos Completos del Vaticano II (Decima Octava ed.). (s.f.). Bilbao: Ediciones Mensajero.
- Francisco. (2015). *Laudato Si*.
- Francisco. (2015). *Misericordiae Vultus*.
- Frankl, V. (2004). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- García Cuadrado, J. Á. (2003). *Antropología Filosófica* (Segunda ed.). Pamplona: EUNSA.

- Izquierdo (ir.), C., Burggraf, J., & Arocemena, F. M. (2007). *Diccionario de Teología* (Segunda ed.). Pamplona: EUNSA.
- Izquierdo, C. (2009). *Teología Fundamental* (Tercera ed.). Pamplona: EUNSA.
- Jaroszynski, P., & Anderson, M. (2012). *Ética: el drama de la vida moral*. (A. Marcos, Trad.) Navarra: EUNSA.
- Juan Pablo II. (1998). *Fides et Ratio*.
- Juan XXIII. (1963). *Pacem in Terris*.
- León XIII. (1891). *Rerum Novarum*.
- León XIII. (1988). *Libertas Praestantissimum*.
- Lorda, J. L. (2009). *Antropología Teológica*. Pamplona: EUNSA.
- Martínez Díez, F. (1997). *Teología Fundamental, Dar razón de la fe cristiana*. Salamanca - Madrid: San Esteban - EDIBESA.
- Morales, J. (2007). *Filosofía de la Religión*. Pamplona: EUNSA.
- MTF. (2008). *Misal Romano Diario*. MIDWEST THEOLOGICAL FORUM.
- Müller, M., & Halder, A. (2001). *Breve diccionario de Filosofía* (Quinta ed.). Barcelona, Cataluña, España: Herder.
- Pabón y Suárez de Urbina, J. M. (2009). *Diccionario bilingüe Manual Griego Clásico-Español* (22 ed.). VOX.
- Pio XI. (1931). *Quadragesimo Anno*.
- Pio XII. (1939). *Summi Pontificatus*.
- Platón. (1960). *Leyes* (Primera ed., Vol. I). (J. M. Pabón, & M. Fernández-Galiano, Edits.) Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Platón. (1995). *Apología de Sócrates*. (V. Ortega, Ed., & J. Calonge Ruíz, Trad.) Barcelona: Planeta-DeAgostini.
- Pontificio Consejo <Justicia y Paz>. (2005). *Compendio Doctrina Social de la Iglesia*. Madrid: BAC.
- Rahner, K. (1965). *Sentido Teológico de la muerte*. Barcelona: Herder.
- Rahner, K. (2007). *Curso Fundamental sobre la fe*. Barcelona: Herder.
- Rahner, K. (2008). *Dios, amor que desciende. Escritos espirituales*. (J. A. García S.I., Ed.) Santander: SAL TERRAE.

- S. Agustín de Hipona. (1951). *De Natura Boni* (Primera ed., Vol. III). (Varios, Ed.) Madrid: BAC.
- S. Agustín de Hipona. (1955). *Las Confesiones* (Tercera ed., Vol. II). (P. Vega O.S.A., Ed.) Madrid: BAC.
- S. Agustín de Hipona. (1956). *La Trinidad* (Primera ed., Vol. V). (F. Arias O.S.A., Ed.) Madrid: BAC.
- S. Agustín de Hipona. (1965). *Ciudad de Dios* (Segunda ed., Vol. XVII). (J. Morán O.S.A., Ed.) Madrid: BAC.
- S. Clemente de Alejandría. (1996). *Stromata I* (Primera ed., Vol. I). (M. Merino Rodríguez, Ed.) Madrid: Ciudad Nueva.
- S. Juan Pablo II. (1979). *Redemptoris Hominis*.
- S. Juan Pablo II. (1981). *Familiaris Consortio*.
- S. Juan Pablo II. (1987). *Sollicitudo Rei Socialis*.
- S. Juan Pablo II. (1990). *Redemptoris Missio*.
- S. Juan Pablo II. (1991). *Centesimus Annus*.
- S. Juan Pablo II. (1993). *Veritas Splendor*.
- S. Juan Pablo II. (2001). *Novo Millennio Ineunte*.
- S. Justino. (1792). Apologías. En A. de Gourcy, *Colección de los Apologístas Antiguos de la Religión Chirtiana* (D. Ximeno y Urieta, Trad., Vol. I). Madrid.
- S. Tomás de Aquino. (1959). *Suma Teológica* (Segunda ed., Vol. VII). Madrid: BAC.
- S. Tomás de Aquino. (1968). *Suma Contra los Gentiles* (Segunda ed., Vol. II). (L. Robles Carcedo O. P., & A. Robles Sierra O. P., Edits.) Madrid: BAC.
- Sánchez-Migallón, S. (2008). *Ética Filosófica*. Pamplona: EUNSA.
- Sarmiento, A., Molina, E., & Trigo, T. (2013). *Teología Moral Fundamental*. Pamplona: EUNSA.
- Spaemann, R. (2007). *Ética: cuestiones fundamentales* (8 ESPAÑOL ed.). (J. M. Yanguas, Ed., & J. M. Yanguas, Trad.) Barañain, Navarra, España: EUNSA.
- Varios Autores. (1972). *La Nueva Moral, continuidad o discontinuidad*. (W. Dunphy, Ed., & J. L. Álvarez, Trad.) Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Vidal, M. (1995). *La Ética Civil y la Moral Cristiana* (Primera ed.). Madrid, España: San Pablo.

Wikipedia. (s.f.). Recuperado el 12 de 10 de 2015, de <https://es.wikipedia.org/wiki/Epicuro>

Wikipedia. (18 de 11 de 2015). Obtenido de https://es.wikipedia.org/wiki/Ezra_Pound

Yarza, I. (2010). *Historia de la Filosofía Antigua* (Sexta ed.). Navarra: EUNSA.

WEB

Breña S., R. (s.f.). *Los sofistas y la "decadencia" del mundo griego: un intento de revalorización*. Recuperado el 15 de 11 de 2015, de Biblioteca ITAM:
http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras43/texto3/sec_1.html

Copleston, F. (31 de 01 de 2007). *Historia de la Filosofía I: Grecia y Roma*. Recuperado el 16 de 11 de 2015, de cienciayreligion.org:
<http://cienciayreligion.org/articulos/pdfs/copleston.pdf>

International Association for the Study of Pain. (1994). *IASP Taxonomy*. (H. Merskey, N. Bogduk, & I. Press, Editores) Recuperado el 19 de 11 de 2015, de IASP:
<http://www.iasp-pain.org/Taxonomy#Pain>

Iturbe, M. (2014). *La Filosofía en la India: Enciclopedia Filosófica on line*. (F. F. Labastida, & J. A. Mercado, Editores) doi:10.17421/2035_8326_2014_MIT_1-1

Lataurrelle, R. (s.f.). *Muerte; Teología Fundamental*. Recuperado el 25 de 11 de 2015, de Mercaba: http://www.mercaba.org/DicTF/TF_muerte.htm

S. Agustín de Hipona. (s.f.). *De Moribus*. Recuperado el 18 de 11 de 2015, de Augustinus Hipponensis: <http://www.augustinus.it/spagnolo/costumi/index2.htm>

S. Agustín de Hipona. (s.f.). *El Matrimonio y la Concupiscencia*. Recuperado el 19 de 11 de 2015, de Augustinus Hipponensis:
http://www.augustinus.it/spagnolo/nozze_concupiscenza/index2.htm

S. Agustín de Hipona. (s.f.). *Replica a Juliano*. Recuperado el 21 de 11 de 2015, de Augustinus Hipponensis:
http://www.augustinus.it/spagnolo/contro_giuliano/index2.htm

S. Agustín de Hipona. (s.f.). *Sermón 152*. Recuperado el 19 de 11 de 2015, de Augustinus Hipponensis: <http://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/index2.htm>

S. Agustín de Hipona. (s.f.). *Sermón 335B*. Recuperado el 19 de 11 de 2015, de Augustinus Hipponensis: <http://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/index2.htm>

S. Agustín de Hipona. (s.f.). *Tratado a la Primera Carta de S. Juan*. Recuperado el 18 de 11 de 2015, de Augustinus Hipponensis:
http://www.augustinus.it/spagnolo/commento_lsg/index2.htm

S. Tomás de Aquino. (2013). *De Malo*. (E. Alarcón, Ed., & R. Busa S.I., Trad.) Recuperado el 3 de 12 de 2015, de Fundación Tomás de Aquino: <http://www.corpusthomicum.org/qdm08.html>

Scola, A. (1987). *Laico, es decir cristiano*. Recuperado el 2 de 12 de 2015, de Mercaba: http://www.mercaba.org/PARROQUIAS/CL/laico_es_decir_cristiano.htm#_ftn1

Yarza de la Sierra, I. (2015). *Aristóteles*. (F. Fernández Labastida, & J. A. Mercado, Editores) Recuperado el 12 de 10 de 2015, de Philosophica: Enciclopedia Filosófica: <http://www.philosophica.info/archivo/2015/voces/aristoteles/Aristoteles.html>

Zakzouk, M. H. (1426-2005). *Realidades sobre el Islam (preguntas y respuestas)*. (C. S. Islámicos, Ed.) El Cairo: Ministerio de Awqaf y Asuntos Religios. Obtenido de http://www.nurelislam.com/libros/Realidades/scr/cap4_1.html

REVISTA

Uribe Rodríguez, A. F., Valderrama, O., & López, S. (enero-junio de 2007). Actitud y miedo ante la muerte en adultos mayores. *Pensamiento Psicológico*, 3(8), 109-120. Recuperado el 18 de 11 de 2015, de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80130809>